

RENÉE SANJOL

LEYENDA



Contenido

[Prólogo](#)

[Ackycha](#)

[Dos amigos](#)

[Leonor](#)

[El atentado](#)

[Los pieles rojas](#)

[Los apaches](#)

[Miguel y Angélica](#)

[Anécdotas y augurios](#)

[Jacinto](#)

[Cuentos de indios y vaqueros](#)

[Los gemelos malignos](#)

[El principio del fin](#)

[La sorpresa](#)

[Lozen Anitsutsa](#)

[El levantamiento](#)

[Crook](#)

[Final](#)

[Notas](#)

Leyenda

Renée Sanjol

Edición digital 2016

Gobierno del Estado de Sonora

Instituto Sonorense de Cultura

Esta obra tiene el propósito de ser material de consulta libre y sin fines de lucro para todo público en general.

Agradecimientos

Al Dr. Fernando Tapia Grijalva,
a la Lic. Armida Hinojosa García,
y a mi hermana Lissette Santa Cruz Pujol,
quienes con profesionalismo y desinterés me concedieron su tiempo y me otorgaron sus puntos de vista, sugerencias e indicaciones que consideraron pertinentes para darle acabado a esta novela.

A mi esposo
Manuel Armando Lizárraga Rubio,

y a mis hijos,
Dessirée Abbigail, Caleb Armando y Karel Axel
con quienes conté en todo momento para darme ánimo y seguir adelante.

A todos, mi cariño, consideración y respeto.

Prólogo

Leyenda de Renée Sanjol es la historia del mestizo Ackycha, hijo de la apache Leonor Tizonse y del chicano Pedro Mézquiz, capturado en las cercanías de Tucson por los chiricaguas y adoptado e integrado por las autoridades de esa tribu. La historia es narrada por el anciano José Villa (Ché Vía), cantinero de Bacoachi, un pueblo de la sierra alta de Sonora. Él hace de su taberna una especie de mentidero, en el cual, a cambio de vasos de bacanora, ameniza la tertulia de sus parroquianos contándoles historias de la región, la de Altzathe una de ellas, con el salero, la gracia y la expectación que hace posible la narración testimonial oral.

El texto se estructura a partir del ya clásico recurso del relato en marco, que en su momento utilizaran los narradores de Las mil y una noches, del Decamerón, de Clemencia, por mencionar sólo unos casos representativos de la tradición literaria occidental y mexicana. Con base en este artificio artístico se desarrollan varios capítulos que, teniendo como sustento las aventuras y desventuras de Ackycha, logran trascender el mero nivel de las acciones para configurar diversos retazos de la cultura y de la historia sonorenses de los siglos XIX y principios del XX. Se nos acerca así, desde una perspectiva marcadamente costumbrista, a esas otras vivencias y experiencias colectivas referidas a las interacciones mestizas (o criollas: como decidan las preferencias étnicas y culturales del interlocutor) con otras culturas indígenas de nuestra región cultural, la apache concretamente, que rompen de esta manera con el "monopolio" de la identificación del origen y la identidad provinciales con el pueblo y la cultura cahitas, que ha articulado y fijado el discurso histórico oficial a partir, sobre todo, de la ratificación del área del yaqui como el origen del Sonora "moderno"), y que, por otro lado, y de manera curiosa, ha sido el cine hollywoodense, en su género del western, quien se ha apropiado exclusivamente de dichas experiencias e interacciones y las ha proyectado a través del arquetipo del cowboy y sus andanzas y sus luchas contra los Apaches, los Sioux, los Pieles Rojas, los Chiricahuas.

Lo importante de esta novela es que junto con esas experiencias que guarda la memoria colectiva, el lector tiene la oportunidad de acceder a un discurso que se huelga en recuperar y reproducir el habla oral del área serrana de Sonora, de una manera natural y espontánea, que es capaz, al mismo tiempo, de captar los tonos y los acentos de la coyuntura situacional de la enunciación discursiva.

Creo que la imagen del hombre articulada en Leyenda es particularmente importante, pues en ella radica la originalidad ética del texto. Y es que a partir de una postura abierta y receptiva por parte del narrador, se plantea y se asume la diversidad cultural como el pathos de la cultura sonorenses, que, como señalaba al principio, rompe con un monopolio identitario establecido por la historia oficial y reconoce y se apropia de las otras culturas y procesos que han contribuido a darle su fisonomía particular a Sonora, en un acto de apertura que busca una integración más abarcativa y armónica de nuestra región y nuestro ser culturales.

Dr. Gerardo Francisco Bobadilla Encinas
Universidad de Sonora

Ackycha

En su local de Bacoachi, Sonora, estaba José Villa viendo por la ventana muy callado, una rareza en él Tenía la mirada perdida y no hacía caso a los ruidos propios del lugar ni a las conversaciones que se llevaban a cabo a su alrededor. De pronto empezó a decir sin dirigirse a nadie en particular:

—Esta noche parece "boca de lobo", igualita —recalcó con énfasis—, me figuro yo, a la que me describió mi nana Ruth cuando don Mariano Palados llegó con Leonor Tizonse, la india apache preñada.

—¡Cuéntanos Ché Vi'a, cuéntanos! —lo animaron, acercándole un vaso de bacanora, algunos jóvenes del pueblo que estaban sentados en una mesa junto a él El viejo con lentitud tomó el vaso que le ofrecían y lo aprisionó entre sus nudosas manos, dando muestras en su amigado rostro de visible satisfacción.

—¡Ay, Ché Vía, cómo te gusta! —le dijo Matilde, su mujer, con voz lo bastante fuerte para que oyera la concurrencia.

—¡Ah, qué mujer ésta, qué daño me v'hacer! —retobó el anciano a voz en cuello— ¡Más daño mi'hace no tomar, porque me muero de frío, pues! Además, ¿de qué sirve vivir si no puede uno darse su gustito, ¿no?! —dijo riendo, buscando el apoyo de todos, que le festejaban con aprobación.

—¡Ándale pues, luego no te quejes! —sentenció ella mientras se retiraba con aparente dignidad por una puerta que daba directo a su casa. Cuando entró a la cocina, su expresión cambió por una mucho más dulce. Amaba con todo su corazón a aquel anciano. Sabía que era la memoria del pueblo y que sin sus narraciones no existiría la nutrida concurrencia que habían tenido por tantísimo tiempo.

—¡Ándale Ché Vía, no te hagas del rogar! —lo apuró un parroquiano, jalando su silla y acercándola a la del viejo para oír mejor, aunque no era necesario porque éste hablaba lo bastante fuerte como para que lo oyera todo el que estuviera presente.

—¡No pues, fue hace mucho d'eso y yo nomás lo se de oídas, pues, pero ahí les va! —se echó un gran trago de bacanora y después de chasquear la lengua para demostrar que su bebida era de primera, dio inicio a su relato.

Esa noche estaba muy oscura y fría —dijo, haciendo una breve pausa mientras encendía un cigarrillo y escupía unas hojitas secas de tabaco que se le pegaron a la lengua, luego de exhalar con deleite la primera bocanada de humo, continuó—, hacía mucho viento y muy pocas almas se aventuraban a salir. Mi nana Ruth —que en ese entonces era más o menos joven—, estaba como quien dice sola, pues la ñora Caya Ibáñez y la Nachita Topehua, las empleadas de la casa, se habían ido temprano pa' su jacal y mi tata Santiago había jalado pa' la frontera a comprar enseres pa'l racho, así que tuvo que salir por leña, porque pensó que no le alcanzaría pa' prender el fogón pa'l café de la mañana, así de frío estaba, igual qui'orita, pues —aseguró, haciendo una pausa—. Se echó un manto grueso al lomo y cubriéndose la cabeza y la cara con su rebozo de lana, salió pa'l corral.

Contaba ella que le costaba trabajo avanzar de tan fuerte qu'estaba la ventisca, así que con mucha dificultad llegó hasta el cobertizo donde mi tata, que era muy previsor, tenía bien

resguardada la leñita. Cuando estaba a punto de regresar pa' la casa con su carga, oyó que se acercaban lenta y trabajosamente unos caballos, seguramente el aire dificultaba sus pasos. Como había una pequeña ventana que daba p'al callejón di'atrás, se asomó por ahí, nomás por curiosidad, pa' ver de quién se trataba, ¡y lo hizo muy a tiempo! Era don Mariano Palacios sobre su conocido caballo Azabache, jalando tras d'él dos animales. En uno de'llos iba un cristiano doblado pa'delante, como si ya no pudiera más del cansancio; en el otro, lo más seguro es qu'el hombre trajera sus enseres de rancharo, pues.

Pa' mi nana aquello no era raro, no faltaba que una noche como esa sorprendiera a algún viajero en el camino y que pa' su suerte lo encontrara alguien del pueblo que se hubiera demorado en sus faenas y lo guiara pa'cá.

No pasó mucho tiempo de aquella visión cuando alguien tocó bruscamente al zaguán de la casa. Mi nana creyó qu'era mi tata Santiago y se acercó rezongando, diciendo no sé cuántas habladas, pensando que su hombre estaba chiflado por haberse arriesgado a volver con aquellos temporales, pero cuando abrió y miró pa' fuera, se calló la boca. ¡Era nada menos que don Mariano, que venía a pedirle auxilio pa' que ayudara a nacer a una criatura!

¡No, p'os creyendo que se trataba de doña Charo, corrió por sus chácharas pa'l negocio ese, agarrando también su rebozo y su manto, y se subió rápidamente al carromato del señor!

Cuando llegaron al caserón de los Palacios, don Mariano desvió el coche pal cobertizo, lo que destanteó a mi nana, pero como era muy prudente, no dijo nada.

Don Mariano la ayudó a bajar y se metió pa'l fondo del lugar, en vez de jalar pa' la casa. Ella lo siguió sin chistar, aunque intrigada porque ninguna de las mujeres de los vaqueros d'ese rancho, que supiera, estaba a punto de parir, ¡total, iba a lo que iba, nomás que no se tratara di'un animal, todo estaba bien! —pensó ella.

El cobertizo estaba muy oscuro y sólo se oía un resoplar angustioso. Cuando el hombre tomó una lámpara de aceite y la encendió, mi abuela pudo ver de qué se trataba. Una india estaba en cuclillas, la cabeza sobre su pecho, las enaguas sobre las rodillas, el largo cabello negro como cortina, tapándole pudorosamente sus partes; estaba haciendo fuerzas pa' expulsar a su crío, su sufrimiento era evidente.

Mi nana Ruth dudó un instante, ya qu'el pueblo había estado siendo víctima de constantes ataques de los apaches. En aquel entonces les temía a los indios nomás por puritito instinto, pues, o quizá por costumbre, quién sabe. Si don Mariano le hubiera dicho que se trataba de ayudar a una apache, se hubiera agarrado de algún pretexto pa' no ir. Sin embargo, ya estaba ahí, y como ella tenía un alma caritativa y un corazón d'ioro, que pa' qué les cuento, pues se puso manos a la obra.

Se acercó a la india, que la miró aterrada, como si mi nana fuera a sacar un hacha y a partirla en dos ahí mismo. Parecía —me dijo— un animal acorralado.

Don Mariano acercó unas cobijas que traía en una de sus monturas y las puso sobre un montículo de paja. Entonces mi nana le pidió agua caliente y muchos trapos limpios, y por primera vez notó un poco de inseguridad en aquel rancharo, tan recio él. Pero apechugando y sin decir nada salió del lugar. Al rato vinieron con lo pedido la mujer y la hermana de uno de los vaqueros del rancho. Se detuvieron, cuando miraron de qué se trataba, pero luego siguieron el ejemplo de mi nana y se pusieron a ayudar, pues era lo que se les había ordenado.

Después de mucho tiempo, la india estaba exhausta, era apenas una niña y se veía que sufría mucho, pero casi ni chistaba. Mi nana temió por la vida d'ella y de la criatura que llevaba en sus entrañas, así que con suavidad y firmeza, hizo que la muchacha se acostara, pa" tantearla y ver qué podía hacer.

No transcurrió mucho pa' que sacara aquel pequeño ser, pero ya sin vida —señaló el anciano tomándose el tiempo para mirar a cada uno de los que estaban frente a él y después continuar—. Ahora sí, lo que no había hecho ante su propio dolor, la mujer se puso a aullar desgarradoramente por su retoñito. Después de un rato, mi nana, compadecida, desprendió con cuidado del pecho de aquella sufrida mujer el cuerpecito sin vida de su hijo y se lo llevó hacia la lámpara de aceite pa' darle tan siquiera un poquito de calor. Haciéndole la lucha todavía, le dio varias nalgaditas pa' ver si resollaba. Las otras mujeres estaban pendientes de lo que ella hacía. En eso estaban cuando oyeron un chillido furioso y pa' su sorpresa no venía del niño que tenía mi nana entre sus brazos, sino di'otro qu'estaba sobre la manta, debajo de la india. Una de las mujeres corrió hacia ella pa' ayudarle, pero la joven madre la rechazó con un gesto, envolviendo a su chamaco en una manta de tejido burdo que tenía a su lado, pa' luego sentarse y ponérselo sobre el regazo, como consolándose. Al parecer el recién nacido era bastante grande y fuerte ¡y chillaba qu'era un contento!

Las empleadas de don Mariano se retiraron del lugar lanzándole miradas recelosas a la india, pero ella las ignoraba, concentrándose en su chamaco, aunque de vez en cuando —contaba mi nana— le lanzaba miradas llenas de dolor al otro niño, al muertito, envuelto en una manta y colocado a poca distancia, mientras qu'el señor Palacios decidía qué hacer.

Cuando ya estuvo todo en orden, mi nana se sentó en una montura, en espera de que la trajieran de vuelta al pueblo. Pasó largo rato y ya s'estaba desesperando cuando se presentó don Mariano muy apurado, ahora necesitaba ayuda en la casa grande. Doña Charo estaba enferma y parecía qu'el niño se venía antes de tiempo.

Y así fue, nomás qu'esta vez fue hembra. No tardó mucho en nacer, pero la doña quedó muy delicada.

Dicen... Dicen —repitió de nuevo, como temiendo ser indiscreto—, yo no sé, que'sque se le adelantó el parto por el coraje qu'hizo porque su marido había traído a aquella india a su casa... — el viejo esperó un buen rato para que sus palabras hicieran efecto en sus escuchas y hasta que empezaron a moverse en sus asientas, continuó con su relato.

Aquello lueguito se supo en el pueblo, y no por boca de mi nana Ruth, ¡no señor! —advirtió y luego de que estuvo seguro de que aquello estaba claro, continuó—. ¡Uuuuy, p'os se alborotó la bitachera! Aquello desató las malas lenguas y di ahí pa'l rial le achacaron el mocosito vivo y también el muertito, como dicen, a don Mariano.

Pa' colmo, la gente tuvo al niño vivo como el asesino de su hermano, como un Caín y pa' rematar, apache, decían algunos con desasosiego, persignándose. ¡Nació con ese sino, pues —sentenció satisfecho—, pa' que se le temiera y se le respetara!

Como doña Charo quedó mala del nacimiento de su hija, no podía darle de comer... —hizo una larga pausa y luego, haciendo el torso hacia delante, asumiendo una actitud de confidencialidad, añadió—. Dicen que del coraje qu'hizo ni leche pudo dar... —dijo bajando bastante la voz, para luego volver a su postura, denegando con la cabeza para hacer notar la gravedad de las cosas—.

Así es que, se tuvo que aguantar con que la india, que tanto trastorno le trajera a su vida, fuera la que amamantara a su cría. ¡Así es la vida de argüendera, pues, ni modo, qué culpa tenía la criatura!

La señora de la casa —continuó— estaba muy dolida porque se le figuraba que su marido le había infringido la ofensa más grave que se le puede hacer a una mujer. Pero él no dio explicaciones, como hacen los meros hombres, así que si su mujer y todos los del pueblo quisieron creer que la india era su amante y los chamacos suyos, ¡ni modo, qué se le iba a hacer!

Aquel silencio fue tomado por todos los de por aquí como la admisión de su pecado. Sin embargo, nadie se atrevía abiertamente a decir nada. La mayoría le debía, si no dinero, favores o atenciones, por decir poco. Sin embargo, decía mi nana qu'él jamás abusaba d'eso, que si alguien que le debía y en buena ley no le podía pagar, nunca lo mencionaba. En general la mayor parte de los lugareños lo quería y respetaba, pero como siempre, no faltaban los envidiosos que se solazaban con habladas a la sorda, pa' perjudicarlo o nomás pa' tener algo de que hablar.

En cuanto doña Charo se pudo levantar le pidió a su marido que la mandara pa' Hermosillo, a la casa paterna, so pretexto de recuperarse... La cosa no le gustó al hombre, pero como era muy orgulloso y no quería retener a nadie a la fuerza, decidió cumplirle su deseo. D'esta manera Leonor Tizonse pasó a formar parte de su vida, pero más que nada, de la vida de la niña Albita, como su nana, y por mucho tiempo fue la única mamá que conoció.

Vivía en la cocina de la casa grande, donde atendía a los dos chilpayates, mientras preparaba la comida pal patrón cuando se encontraba presente. Mi abuela aseguraba que no era nada del señor, que eran puras habladas todo lo que se decía y advertía bien convencida "las apariencias engañan".

A medida que pasaba el tiempo, la gente se fue acostumbrando a la presencia de Leonor Tizonse y de su hijo Ackycha, que desde chiquito demostró ser un chamaco muy abusado él. Cuando fue haciéndose hombre, por su complexión, vestimenta tradicional y el largo cabello, parecía un apache más, pero sus facciones casi lo desmentían. Su piel estaba tostada por el sol, pero era más bien trigueña, su cabellera era negra como la de su madre, pero sus ojos... Tenía unos ojos amarí'os, ¡como los de los leones de por aquí, pues! Su mirada no desmerecía a la d'esos gatos, ¡no señor! Y a medida que fue creciendo, esos ojos resaltaban salvajemente en su rostro. Parecía estar siempre al acecho, quizá por su naturaleza desconfiada, ¡como que la necesidad se lo dictaba en su situación, pues, si no imagínense! La gente del pueblo lo respetaba desde que era un escuincle, "no fuera a ser el diablo", se decían con temor. Era más alto y fuerte que la mayoría de los niños del pueblo de su misma edad, seguramente porque estaba muy bien alimentado y atendido.

Cuando apenas tuvo edad suficiente pa' sostenerse solo en un potro, don Mariano Palacios permitió que lo acompañara a sus cacerías y también a sus comercios con los vecinos, ya fueran blancos, indios, mestizos o extranjeros. Y a medida que fue creciendo, lo dejaba cada vez más tiempo con su pueblo, los chiricahuas, pa' que aprendiera de'llos también lo que fuera necesario.

Dos amigos

En ese momento José Villa interrumpió su relato, pues el cansando minaba ya su esquelética humanidad y el esfuerzo de recordar, a pesar del placer que le causaba, siempre lo agotaba.

—Mejor continuamos otro día señores, 'horita ya tengo tiesas las canias por el frío y reseco el buche por tanta plática —aseguró con risa cascada, observando muestras de inconformidad de algunos.

Con una seña llamó a Jacinto, su hijo adoptivo de origen apache, para que le ayudara a dar los pasitos que lo separaban de su hogar. Mientras el hombrón lo sostenía, algunos de los concurrentes le palmeaban la espalda cuando pasaban Junto a ellos y se despedían con la promesa de volver al día siguiente para que continuara con la historia.

Jacinto, como siempre, después de acostarlo volvería al local para limpiar y dejar todo en orden para la jornada venidera. Él dormía en la trastienda, en la bodega de la fonda, donde tenía un cuartito muy bien arreglado y limpio. Se había criado con ellos y se mantenía a su lado con una fidelidad a toda prueba. Cuando entró a la pieza vio sobre la mesa un platón repleto de suculentas quesadillas y una jarra de leche que le había dejado su madre, se sonrió con satisfacción.

El anciano dormiría unas cuantas horas, pero después, aunque siguiera en la cama hasta muy entrada la mañana, volvería con alegría a sus recuerdos, a sus tesoros guardados con sigilo.

Al despertarse le vino a la mente aquello que le contó su padre, Miguel Villa, acerca de que Ackycha en cierta ocasión le quitó de encima a irnos montoneros, una pandilla de lepes^[1] que vivían de la caridad o de robar a quien estuviera desprevenido.

—"En aquel entonces —le dijo su padre—, yo tenía apenas nueve años y estaba jugando a la orilla del río con un trompo de madera de vistosos colores que me había traído de los Estados Unidos mi abuelo, el doctor Harry Williams.

La ñora Caya, la encargada de la cocina de la casa, me había mandado a juntar leña, y como cualquier plebe^[2], pues aproveché la salida pa' divertirme un rato —rió con alegría.

No tenía mucho tiempo jugando —continuó—, cuando llegaron aquellos desarrapados con ojos llenos de codicia, mirando mi juguete. Me pidieron que los dejara jugar y como no me inspiraron confianza, levanté el trompo y sin decir nada, eché a correr hada la carretilla con la leña que había juntado, con la intención de escapar, pero me detuvieron a la fuerza pa' quitarme mi juguete.

Cuando ya me habían arrancado el trompo de las manos y me golpeaban sin misericordia, apareció la enorme figura de Ackycha, que era más alto y fuerte que aquellos rijosos. Pude mirar cómo, sin mucho esfuerzo y sin decir absolutamente nada, me quitó de encima a Lorenzo, el más grande de los Cuevas. Los otros hicieron el intento de reaccionar, pero se detuvieron y se hicieron a un lado cobardemente, como pequeños coyotes, muy bravucones en bola, pero ante la presenda del lobo, se aturden —se burló.

Jamás olvidaré ese día, m'hijo —le dijo convencido—. Cuando aquellos rateros se fueron, me levanté de un salto y sin pensarlo dos veces, le tendí la mano a aquel apache, viéndolo a los ojos, como hacen los meros hombres, pues. El indio, en actitud altiva, me devolvió la mirada con frialdad, como midiéndome, pero aquello no m'hizo cambiar de idea. Finalmente extendió su mano

pa' estrechar la mía, diciendo *Hoka Hey* —dijo simulando la voz y luego aclaró—, el saludo tradicional de las raciones apaches.

Con aquel gesto y sin haberlo buscado, Ackycha me dio entrada a su mundo. Desde entonces yo lo defendería ante todos, más aún cuando se referían a él como 'el indio alzado'. Ackycha, a muy corta edad, hacía las veces de rastreador y era excelente —le contó con entusiasmo—. Algunas veces me invitó al territorio apache a cazar con algunos muchachos de su tribu, que al principio me aceptaron con reservas, sólo por respeto a él, pero con el tiempo yo me fui ganando su aprecio, pues ellos admiraban mi habilidad con el rifle" —concluyó muy orgulloso.

—"Lo admiraban por su puntería y habilidad para rastrear —le dijo alguna vez su nana Ruth—. Miguel se los ganó por su don de gentes, paciencia, humildad, alegría y desprendimiento, pero más que nada, por su valor, cualidad que ellos tenían como inapreciable en cualquier hombre".

Don Mariano Palacios —pensó el Che Vía—, consciente de que instruirse era muy importante para poder defenderse en la vida, sobre todo ante la ineludible necesidad de su pueblo, al verse obligado a convivir con los blancos, se hizo cargo personalmente de su educación, pero también se ocupó de que recibiera las enseñanzas propias de la comunidad a la que pertenecía. Ese niño era muy inteligente y según decían y pronto adelantó a su hermana de leche en todas las lecciones, convirtiéndose en el orgullo de aquel rancho tan emprendedor y visionario.

* * *

Miguel le había salvado la vida a su amigo en una ocasión que salieron de cacería, acompañando a don Mariano Palacios y a una cuadrilla de apaches, para abatir una manada de lobos que estaban asolando los ranchos aledaños a la sierra.

—"Ackycha se había bajado del caballo para inspeccionar el suelo —le contó su nana Ruth—, al parecer había descubierto una huella reciente y se hincó para observar mejor. Estaban los cazadores al pie de una gran roca y de pronto, sobre ésta y de la nada, apareció una impresionante y feroz bestia, lanzándose sorpresivamente sobre la espalda del joven rastreador, hadándolo rodar un buen trecho cuesta abajo, en una maraña entrelazada y con gran estrépito de gritos y gruñidos.

Don Mariano de inmediato saltó del caballo y corrió tras ellos rifle en mano, al igual que el resto del grupo, trastabillando por la carrera y lo inestable del terreno. Sin embargo, Miguel se mantuvo fríamente sobre su caballo, hablándole suavemente para que se mantuviera quieto, mientras él se sujetaba con fuerza a su lomo con los muslos, apuntando su rifle en dirección a su amigo y a su atacante, esperando una mínima oportunidad. En un instante en que Ackycha logró separar la cabeza de la del enorme lobo, se escuchó un fuerte estruendo que terminó con la reyerta. Los apaches y don Mariano, que bajaban a toda velocidad, se detuvieron en seco, incrédulos.

Don Mariano entonces corrió hacia el jovencito caído, asegurándose primero de la inmovilidad del lobo; mientras se lo quitaban de encima, volvió su rostro hacia arriba, hacia donde estaba Miguel, esperando todavía sobre su caballo —le dijo satisfecho.

—"Don Mariano me expresó su agradecimiento desde donde estaba —le había contado en cierta ocasión su padre, con su sonrisa franca, asintiendo con la cabeza y lleno de orgullo añadió

—. Después, trajo su cantimplora y lavó las heridas de la cara y el torso desnudo de Ackycha y luego sacó de sus alforjas unos vendajes limpios y menjurjes pa' curarlo".

—"Mientras hacía esto —añadió su nana—, los otros apaches vigilaban que no los fueran a sorprender más lobos, pues sabían bien que la manada andaba cerca. Don Mariano no dejaba de elogiar a tu papá, signo inequívoco de su nerviosismo por lo sucedido, pues era más bien parco.

A Miguel se le llenaba la cara de orgullo y entusiasmo cuando contaba aquella anécdota —agregó ella con los ojos anegados—. Había sido grandioso para él y decía que de alguna forma había correspondido a Ackycha por su rescate de aquellos pequeños truanes cuando todos eran más niños".

Leonor

—Pasaron algunos años antes de que doña Charo volviera a este pueblo acompañada de su señora mamá, doña Refugio Márquez, conocida por todos como doña Cuca —les dijo el anciano a los concurrentes al local y guardó silencio por un momento.

Dicen, yo no sé... Que'sque doña Charo se dignó a venir porque don Rafail Salas, su señor padre, había muerto —alzó los hombros y guardó silencio un rato y luego, bajando la voz y tomando una actitud de confidencialidad, continuó—. Se dijo qu'el viejo perdió todos sus bienes en malas jugadas y dizque'sto le había ocasionado la muerte, ¡quién sabe! —dijo, moviendo de un lado a otro la cabeza con desaprobación—. Así es que la seño volvió con refuerzos. La niña Albita ya contaba pa' entonces como con doce años y su mamá había sido sólo una pintura sin vida que siempre veía sobre la chimenea de la sala.

Las mujeres de los vaqueros le contaron a mi nana que doña Cuca, muy altiva, habló con el señor Palacios pa' que se deshiciera "de la india esa", según sus propias palabras, pero el hombre, muy calmado él, le respondió que Leonor podía estar ahí todo el tiempo que le conviniera, porque se lo había ganado con su trabajo.

¡Uuuy, p'os se armó la bitachera, n'hombre! —dijo denegando con la cabeza y esbozando una sonrisa contenida—. Más coraje le agarraron a la pobre india las dos mujeres, y como don Mariano andaba muy ocupado en sus negocios, como todos los hombres de por aquí... ¡P'os tenían todo el tiempo del mundo pa' inventar maldades!

Hasta que por fin llegó el día en que Leonor Tizonze tuvo que irse. Se supo que doña Cuca había tratado de golpear a la india, so pretexto de que le había echado adrede el café encima, pero en realidad, todo fue un argüende de la vieja —aseguró con desaprobación.

El caso es que pa' su mala suerte, el joven Ackycha había entrado en la estancia sin que lo oyeran y como si hubiera adivinado lo qn'iba a pasar, se quedó lo suficientemente cerca pa' detener la mano de la vieja; ésta se espantó tanto con la pinta del muchacho, que como les dije, parecía más grande de lo quera, sin contar con la impresionante mirada que se gastaba, más aún cuando mostraba sus sentimientos, ¡no p'os, la vieja se desmayó del puritito susto! —rió triunfal.

Doña Charo llamó a gritos a los vaqueros, pidiendo que vinieran armados y acusando al joven apache y a su madre de tratar de matar a doña Cuca. Así es que no les quedó más remedio qu irse. Y no porque los vaqueros, que acudieron a los gritos de la doña, se hubieran portado mal con ellos, no, no, no, sino porque las cosas se habían puesto muy feas.

Ni siquiera esperaron a que volviera su protector. Cuando éste se enteró de lo que había sucedido se molestó mucho, pues estaba seguro de que lo que aseguraban su mujer y su suegra distaba mucho de la verdad. Al principio pensó en traerlos de vuelta, pero luego recapacitó y le dijo a su mujer que en adelante, tendrían que ocuparse de los quehaceres de la casa ellas mismas. ¡Afigúrense nada más, aquellas damas tan mal acostumbradas, ajajai! —prorrumpió en un grito de entusiasmo.

Don Mariano era hombre de pocas palabras y no las malgastaba —afirmó el viejo con energía—, no señor. Lo que sí extrañó mucho a la gente de "El Cilantrillo", "Los Coyotes" y "Las Calandrias", los ranchos d'él, que la niña Albita se adaptara tan pronto a la pérdida de su nana y su

hermano de leche, pero nadie sabía —advirtió— que cuando salía a recorrer aquellas propiedades a caballo, en realidad iba al encuentro de su antigua familia, apostada ahora en los linderos de la sierra. Desde ahí se podía ver Nacozari, sí señor —dijo conocedor—, y como don Mariano poco o casi nada hablaba con doña Charo y su madre, la niña se movía a su antojo sin que nadie la molestara.

Con el tiempo la gente del pueblo fue atando cabos —dijo después de guardar silencio por un rato—, uniendo pedazos de conversaciones que habían ido recopilando algunos vaqueros que acompañaban en sus negocios a don Mariano, en su comercio con los chiricachuas.

D'esta manera se enteraron de la situación de Leonor antes de llegar al pueblo aquella noche.

Se supo que era la joven viuda de un guerrero que cayó peleando en el último ataque qu'hizo su tribu al pueblo de Santa Rosa, en la sierra de Chihuahua.

Además, les revelaron algo verdaderamente sorprendente, que su esposo no era apache, sino uno d'esos niños blancos robados por ellos en sus correrías por Arizona y, aunque ustedes no lo crean, o quizá sí me lo han de creer, la actitud de algunos de los puebleños hacia el muchacho cambió; a lo mejor porque a fin de cuentas llevaba sangre blanca en sus venas... ¡Así hizo la historia que fuéramos, pues! —señaló el anciano levantando los hombros, doblando sus antebrazos y llevándoselos hada el pecho, enseñando las palmas a su auditorio, indicando resignación ante lo inevitable.

Ese niño era Natage, que según esto quiere decir 'Dientes largos', nadó como Pedro Mézquiz, de madre mexicana y padre gringo, fue adoptado por Nacódoches, un líder en su pueblo y amigo inseparable de Daguege, padre de Leonor —les informó el viejo.

Natage creció como un miembro más d'esa tribu. Él siempre dio muestras de su valía, gran inteligencia y astucia, así como de un liderazgo indiscutible, eso fue lo que dijieron las mujeres de su tribu.

Los vaqueros se enteraron también de que Daguege desapareció durante esa misma batalla y se le dio por muerto, aunque su cuerpo jamás fue recuperado, lo cual inquietaba mucho a los apaches. Se supo que cuando los jefes que sobrevivieron, decidieron cambiar su asentamiento, p'os dond'estaban ya no era seguro, Leonor decidió quedarse.

Las mujeres de la aldea aprobaron aquella decisión suya Comprendieron que su deseo obedecía a que ya no quería vivir, debido a tan grandes y sentidas pérdidas y qu'esa era una aceptable manera de demostrarlo.

—Al parecer —añadió el viejo—, aquella noche que don Mariano llegó con ella al pueblo, la había encontrado tirada en el camino, muy mala ya. Como la noche ya estaba cayendo y el tiempo s'estaba poniendo muy feo, cargó con ella pa'cá.

El atentado

—En aquel entonces había algunos problemas con grupos apaches dispersos que asolaban la región —empezó a contar el anciano—. Sólo había una aldea de chiricahuas que se había asentado por allá por San Carlos —señaló con el dedo índice hacia el este—, en el estado de Chihuahua y casi no venían pa'cá.

Había muy poca gente del pueblo que diferenciaba entre un grupo apache y otro, o entre cualquier tribu. Las autoridades de aquí eran personas traídas del centro de la República, que pertenecían al ejército y si no conocían la región, mucho menos a aquellos pobladores errantes.

Llegó el día en que algunos propietarios de los ranchos aledaños se juntaron pa' reclamarle a don Mariano Palacios que los apaches atacaran sus propiedades y las d'él no. Como llegaron cuando estaban en las meras faenas de marcar el ganado pa' su venta, el hecho de que interrumpieran sus labores puso de muy mal humor al hombre, y a pesar de que conocía ya el descontento de sus vecinos, no se detuvo a reflexionar lo que les dijo y a ellos no les agradó —señaló el viejo como entendiendo la situación—, ¡y p'os se hicieron de palabras!

Los vaqueros que acompañaban a don Mariano no pudieron hacer nada pa' detener los acontecimientos, p'os aquellos rancheros iban dispuestos y muy bien armados, así que los agarraron por sorpresa.

Dos d' ellos, don Nacho Valencia y don Manolo Salazar, quienes habían sido los más castigados en esa ocasión por las correrías apaches, sacaron sus armas y le dieron un tiro cada uno, en la cabeza y en un costado, respectivamente. Dándolo por muerto, intimidaron a los vaqueros del rancho, pistola en mano, pa' que dijeran quién no estaba conforme, ¡p'os ni'uno se atrevió a decir nada, qué iban a andar diciendo!

Como no hubo respuesta se retiraron muy ufanos, muy seguros de salirse con la suya, pero nunca vieron que muy cerca de ahí estaban observándolos irnos feroces ojos amaríos —el anciano guardó silencio por un buen rato para que la visión de la escena rindiera sus frutos en la concurrencia.

¡No, p'os, aquellos rancheros no sabían que don Mariano era un hombre de empresa —dijo, dando su punto de vista—, con una gran visión pa' los negocios! Él no compartía los prejuicios de los demás, no señor, veía a los apaches como hombres igual qu'él e igual que todos, pues, pero con una forma de vida distinta. No creía que nomás por el color de su piel los gringos fueran mejores que nosotros o que los apaches, ¡no señor! Consideraba él que todos los hombres eran iguales a los ojos del Criador y merecían las mismas oportunidades —señaló el viejo a manera de reconvencción—. Por tal motivo negociaba con todos y esto le trajo problemas tanto con sus vecinos como con algunos agentes del gobierno... Bueno, ¡y también con su misma familia!

Déjenme decirles qu'era propietario de una gran tienda en el pueblo y todos iban ahí pa' venderle o comprarle algo, oro, pieles, ropa, hierbas, tehuelas, granos, riatas, armas... De todito, todito, pues, ¡y además, era muy conocido por su trato justo! —aseguró.

Los chiricahuas podían contar con él cuando intercambiaban pieles por granos, carne, cobijas e incluso, armas. Sabían que lo que necesitaran se los conseguiría. Lo mismo hada por los rancheros de la región que por los gringos. En esa tienda se recibía de todo y el trueque era la

mejor manera de negociar. Pero, ante las circunstancias, nada d'esto los hizo entrar en razón ni quisieron entender aquellos rancheros enojados.

Era cierto que los apaches asolaban la región, pero no eran los amigos chiricahuas de don Mariano, ¡no señor! —afirmó muy seguro—. Los rateros eran algunos indios renegados de diferentes tribus que se habían separado de sus comunidades por estar en con los tratados de paz pactados por sus líderes con los gobiernos de los Estados Unidos y de México, y se habían asociado entr'ellos pa' beneficiarse con sus correrías. Aunque por lo visto —señaló—, si uno lo medita bien, aquellos guerreros merodeadores sí conocían la fama de don Mariano y seguramente sabían qu' era un hombre al que debían respetar, de lo cual ¡pues él no tenía la culpa! ¿Qué no?

Era sabido por todos que les surtía armas a sus amigos chiricahuas apostados aquí cerca —señaló hada la sierra—, por lo que injustamente lo culpaban de los robos de que habían sido objeto aquellos vecinos, independientemente de qué grupo indígena fuera el ladrón, p'os pa' ellos, todos los indios eran lo mismo.

A pesar del riesgo que implicaba, él no escondía sus ideas —sentenció el anciano—; don Mariano Palados pensaba que todo hombre tenía el derecho de proporcionar a su familia protección, a la vez de que también tenía la obligación de conseguir su sustento por medio de la caza, y esto sólo se podía lograr teniendo un arma o varias, así que provocó la ira de sus vecinos al diferir abiertamente, pues ya lo habían atajado en otras ocasiones por lo mismo.

Después de dispararle, se retiraron de la propiedad, convencidos de que ahora sí podrían exterminar a los apaches de la zona, pues les habían quitado su fuente de aprovisionamiento de armas.

Cuando se fueron, el capataz ordenó a los vaqueros que cargaran al herido pa' la estancia, que era la cocina donde comían cuando estaban en las corridas³.

Mandó que vinieran por mi nana, pero como estaban muy lejos de aquí, mientras esperaban, los hombres trataron de adelantar un poco y pusieron a hervir mucha agua, limpiaron lo mejor que pudieron la mesa pa' acostar ahí a su patrón y taportearon las heridas con trapos que tenían a la mano.

Al mismo tiempo, Ackycha se arrancó por Leonor, que se encontraba no muy lejos. Cuando por fin llegaron, ella venía cargada de trapos limpios, hierbas y preparados, aparte de mucha disposición pa'ayudar.

Mi nana me dijo que pa' cuando ella llegó, la india ya había limpiado las heridas, con lo que le habían ganado tiempo al tiempo con cualquier infección. Le revisó la cabeza y pa' su tranquilidad, se percató de que sólo había sido un rozón. La del costado era profunda —señaló, pero por fortuna la bala igual había salido sin tocar, al parecer, ninguna parte de importancia y sólo debían cuidar que no se infectara, cosa que no se podía garantizar dadas las condiciones del recinto. Sin embargo, las dos mujeres pusieron todo su empeño y con la ayuda de los vaqueros, alistaron la cocina como sanatorio.

Cuando la niña Albita se enteró del atentado, bañada en llanto montó en su caballo y corrió desesperada hada allá. No se separó de su padre hasta que éste recuperó la condenda, lo cual sucedió dos días después.

Don Mariano Palados volvió a la vida con un gran dolor de cabeza, según dijo él mismo cuando le preguntaron cómo estaba, lo que no le impidió ordenar a sus hombres que, por lo pronto, no dijeran a nadie qu'estaba vivo —el viejo guardó silencio por un rato y luego siguió—. ¡Quién sabe por qué! ¡A lo mejor pa' que no fueran a volver pa' rematarlo mientras estaba en cama!

Por su parte, doña Charo y doña Cuca ni se presentaron en la cocina vaquera, so pretexto de que no podían estar bajo el mismo techo que aquella india, así dijeron —recalcó reprobador.

Los pieles rojas

—Todo lo que les voy a narrar me lo contaron mi tata Santiago y mi bisabuelo el do'tor Harry Williams, que como les dije, vivía allá en los Estados Unidos y sabía mucho de la historia de su país, ¡le encantaba hablar d'este tema! A ellos seguramente se los relataron a su vez sus abuelos y así.. —añadió, ladeando la cabeza para indicar la lejanía de los acontecimientos y sus informantes—. Lo que no me dijeron ellos, me lo contaron otros viejos de aquí del pueblo o gente que venía de pasada y que ya se nos adelantaron en el camino, pues —señaló con resignación.

No sé si ustedes sepan, que tanto los territorios de Canadá, el nuestro y el de los gringos pertenecían antes a múltiples tribus, que eran las dueñas y señoras d'este enorme continente. Todas ellas tenían su modo muy particular de vivir, pero su manera d'entender el mundo era muy parecida. Unas más aguerridas que otras, todas estaban dispuestas al trueque y a la negociación; claro, eso fue al principio, pero se volvieron muy desconfiadas después, por sus tristes experiencias con el hombre blanco y también con los mestizos d'este lado, lo cual desgraciadamente no habla muy bien de nosotros —dijo suspirando con un dejo de tristeza.

Hasta acá —continuó—, llegaba gente pa' comerciar y d'esta manera los de aquí se enteraban de lo que pasaba por aquellos rumbos.

Bueno, como les decía, hubo hombres de todos colores, blancos o morenos, canadienses, gringos o mexicanos, con diferentes intereses y ocupaciones, quizá tramperos, cazadores, exploradores, criadores de ganado o comerciantes, que llegaron a convivir el tiempo suficiente con los naturales d'estas tierras como pa' conocerlos bien y que aprendieron a respetar sus costumbres y su manera de pensar.

Como dato curioso, ellos contaban que si un visitante llegaba a una aldea o campamento y alguno de los perros del lugar le hacía fiestas, se podía tener la seguridad de que este animal le sería servido en su honor más tarde, bien cocinado y aderezado.

No hacían esto de mala fe, no señor —aseguró al ver las caras de asco de sus oyentes—, pa' los naturales d' estas tierras el perro era un manjar muy codiciado, no li'hace que a nosotros nos parezca 'orita una atrocidad, ¡pero el hambre es canija, pues! A veces no queda di'otra más que manotear de lo que haiga, ¿qué no? Así se acostumbraron ellos, con tantas guerras y malpasadas...

Así que las mujeres lo cocinaban muy bien —continuó— y se lo servían como muestra de amistad, mientras que el anfitrión o jefe de la familia se limitaba a observar, ya que estaba obligado a estar presente sólo pa' acompañar al invitado y pa' encenderle su pipa al final del banquete. Así era como ellos manifestaban su buena educación.

Aseguraban también, que lo que más podía molestar a los que venían de fuera era el desagradable olor de las pieles de animales tendidas al sol, aunada a la hediondez del estiércol, la grasa y la cecina, que mezcladas, ¡imagínense nada más! —dijo riendo—. ¡No p'os, lo mismo decían los indios di'uno, nomás que ellos repelían nuestro rancio olor natural! —dijo simulando orgullo, provocando una sonora carcajada.

Contaban que —continuó cuando guardaron silencio—, aunque el modo de vida de los pieles rojas era muy pareado, cada grupo, dependiendo de su entorno o de su ocupación, tenía una manera muy particular de construir sus viviendas.

En el sur de los Estados Unidos, por ejemplo, cerca de la frontera con nuestro país, los indios Pueblo, que se autonombraban a sí mismos "los pacíficos", hacían casas de varios pisos, llamadas *Uvas*, y estaban construidas con una armazón de madera y paredes de adobes, hechos de tierra y paja. Como es de esperarse, pa' entrar a ellas era necesario subir por escaleras, que quitaban al anochecer como medida de seguridad —señaló.

Nomás pa' que se den una idea de que los indios eran tan gentes como uno, les diré qu'estos se dedicaban más al cultivo del maíz que a cazar, construían hornos de adobe en forma de conos, pa' cocer panes de harina de maíz, qu'eran la base de su alimentación, al igual que lo es pa' nuestros paisanos en el sur del país, pues.

Además, llegaron a construir telares rústicos, en donde tejían sus telas burdas, aunque con el paso del tiempo y el trato con el hombre blanco llegaron a tejer las telas de algodón, que introdujeron a su forma de vida, ¡pa' que vean, nomás!

Los Crow vivían en tiendas, los llamados que como ya saben era una gran casa de forma cónica, cuya armadura estaba constituida por varas colocadas en círculo sobre el suelo y unidas en la cima. Esta construcción la cubrían de pieles de bisonte o de alce, cosidas entre sí, sujetas además por pinzas de madera. Así, para desarmarlo bastaba con retirar las pinzas y las pieles se quitaban a lo largo de las varas, listas pa' ser dobladas. Se decía que los *tepees* podían llegar a cerrarse hasta con quince pinzas, según su tamaño, supongo.

El *tepee* debía tener una abertura en la parte inferior que servía de entrada. La singularidad de esta tienda residía en una abertura triangular en su parte superior, a cuyos lados se alzaban dos grandes trozos de piel, sostenidos por varas que le daban orientación y no sólo facilitaba la salida del humo, sino que también evitaba que el viento lo devolviera al interior. Se decía qu'estos indios eran grandes artistas, pues las pieles que cubrían sus *tepees* por lo general estaban hermosamente pintadas, tanto en el exterior como en su interior.

También los Sioux utilizaban los *tepees*. Cuentan que si el indio era buen cazador, podía tener varias mujeres, tantas como fuera capaz de alimentar, ¡afíguense ustedes! —dijo, haciendo un gesto picaresco, provocando hilaridad general.

Las mujeres —continuó cuando se calmaron— realizaban la totalidad de los trabajos, mientras el hombre se dedicaba a la caza, la guerra, la fabricación y la conservación de las armas. Estos indios consideraban las tareas hogareñas indignas y deshonorosas.

Por tal motivo la mujer iba a buscar agua al río, recogía leña, encendía el fuego, preparaba las comidas, teñía, cosía, bordaba, secaba la carne y se ocupaba también de los niños, montaba y desmontaba los *tepees* —luego de enumerar todo esto, el anciano dijo en son de broma—, ¡no p'os les convenía que fueran muchas, ¿no?! ¡Qué se iban a andar enojando las pobres, entre más, menos trabajo, pues! —provocó de nuevo una estruendosa carcajada.

Además —continuó—, ellas eran las encargadas de preparar y transportar las pesadas cargas cuando la tribu se desplazaba, siguiendo siempre el rastro de los animales que cazaban. El guerrero o cazador, por su parte, marchaba a la cabeza y aseguraba la protección.

Las indias llevaban a sus crías en la espalda, agarradas a ellas por medio de correas de piel. Aunque no por mucho tiempo, pues tenían por costumbre ponerlos de pie muy tiernitos, con la

intención de que se les arquearan las piernas. Pensaban qu'esta deformación les daría gran resistencia y flexibilidad ¡y así era, sí señor!

Lo que pasa es que como a todos, el lugar y el clima donde habitamos nos determina la manera de vestir y las herramientas que tenemos que usar. Así que durante el invierno, estos indios con sus piernas arqueadas, lograban recorrer grandes distancias sobre unos armazones amarrados a los pies, utilizados para no hundirse en la nieve.

Estos artefactos medían entre cincuenta centímetros y un metro de largo. Estaban hechos de madera flexible en forma de arco, en cuyo interior se entrecruzaban unas tiras de cuero, donde los pies iban sujetos en el centro y obligaban al que los calzara, a avanzar con las piernas muy separadas.

Cuando los hombres blancos se los ponían, a pesar de tener varios años de experiencia, al paso de las horas les provocaban terribles calambres y terminaban con grandes dolencias. Así es la cosa, pues, había que adaptarse a la naturaleza, d'otra manera se morían.

Pa' que vean que los indios no eran tontos ni locos, pues desde pequeños sus padres los preparaban pa' sobrevivir, ¡sí señor! Desde que nadan, tenían su destino previsto. Si era niña, en cuanto podía sostenerse en pie, su madre se encargaba de enseñarle las labores típicas de su condición de mujer. Pero si era varón, el chamaco gozaba de la constante atención de su padre. Por descantado estaba que l'enseñaría a su hijo a cazar y también a guerrear, inculcándole d'esta manera el manejo de las armas —se quedó un momento en actitud reflexiva y luego continuó.

—Aunque la verdá, esta no es muy distinta de la manera en como hacemos las cosas dentro de nuestras familias, ¿qué no?, salvo que nosotros les prestamos atención a nuestros niños hasta que ya están en edad de entendemos, pues —señaló.

La diferencia está en qu' el indio sí dejaba que su hijo se tropezara. Por ejemplo, si el padre o la madre veían que su hijo extendía la mano hada el fuego, lo dejaban, así aprendería a tener desconfianza de lo que no conocía y se volvería más prudente.

Hay otras cosas en las qu' ellos eran diferentes entre sí, por ejemplo, en algunas tribus tenían tal candencia de la importancia del trabajo y su distribución, que cuando los hombres llegaban a la vejez y sentían qu'eran una carga pa' su familia y su grupo, reunían a sus hijos y les anunciaban que deseaban partir hada nuevos lugares de caza, a juntarse con sus ancestros, dado que ya no era útil pa' su gente.

Los hijos, respetando esta decisión, armaban entonces una tienda sencilla. Lo instalaban ahí, encendían una pequeña fogata y dejaban algunos alimentos a su alcance. Ya que lo dejaban bien asentado, la tribu se alejaba pa' trasladarse hada alguna nueva expedición de caza. El anciano era abandonado d'esta manera, quedando su destino en manos del Gran Espíritu, como ellos le llamaban.

Cuando volvían a pasar por ahí, sus hijos buscaban sus huesos pa' recogerlos y ponerlos después en alguna cueva. Tal era la manera en que los Sioux nómadas honraban a sus viejos. Quizá a nosotros nos parezca desalmado, pero también era raro que sus hombres llegaran a la vejez, por las constantes guerras y cacerías peligrosas; además, ésta era su tradición y nadie los obligaba a tomar tal decisión.

No todas las comunidades Sioux tenían esta costumbre, había otros qu'eran más sedentarios y que no se veían obligados a largos viajes, por lo cual, sus ancianos morían atendidos y rodeados por sus parientes y amigos, pero de ningún modo criticaban a sus hermanos nómadas.

El chamán o brujo se encargaba de atender las necesidades de los moribundos. Y aunque ustedes no lo crean —señaló—, hubo grandes curanderos entriellos, pues se supo qu'en alguna ocasión llegaron a encerrarse con algún anciano que la familia ya daba por muerto, y luego aparecían con él, pues el viejo había recobrado la vida. D'esto dan fe algunos tramperos y cazadores blancos.

Hasta qu'el chamán anunciaba oficialmente la muerte, era que los familiares iniciaban los lamentos. Su duelo se manifestaba muy distinto del nuestro, ¡cada quien tiene sus maneras, pues! Al parecer, las mujeres del difuntito se cortaban las trenzas y el resto de sus parientes se arañaban hasta sangrar. Toda la tribu lloraba y pedía al Gran Espíritu, que condujera al viejo guerrero hada las praderas de la eterna caza. Envolvían entonces al muerto en una piel de búfalo, le ponían su saco, también de piel, con medicinas y sus objetos más preciados. Como último homenaje, lo colocaban en una tarima funeraria formada por cuatro troncos largos, con el fin de protegerlo de las bestias. D'esta manera, partían al más allá con las mejores cosas que la vida les había concedido.

—¡Bueno señores —finalizó, recorriendo todas las mesas con mirada risueña—, la plática tá' muy buena, pero yo creo que mejor continuamos mañana o cuando gusten, porque ya me duele el espinazo y las canías, sin contar el gaznate, pues! —dijo, agarrándose el cuello con sus nudosas manos, provocando una sonora carcajada en la clientela.

Los apaches

—Nada más pa' ilustrar la historia que les he venido contando y pa' que se den una idea de la forma de vida de los apaches —les dijo José Villa a sus clientes y amigos—, les contaré lo que se ha sabido d'ellos. Al parecer provenían de los navajos de Atizona y que con el paso del tiempo se separaron d'ellos y se volvieron vagabundos.

En apariencia, un campamento apache podía parecer terriblemente descuidado —dijo, quedándose pensativo un rato—, y como se vestían con andrajos mugrosos cuando andaban por ahí, uno podía llegar a creer que habían retrocedido a los inicios del hombre, pero no era más que una fachada pa' impresionar a sus enemigos.

Pues cuando se sentían seguros en su territorio, en las montañas, cuando estaban en sus comederos, como decimos por aquí, vestían según sus tradiciones, pero de ningún modo andaban todos mugrosos —afirmó contundente—, ¡no señor!

Aunque pensándolo bien—reflexionó—, no eran tan atarantados ni estaban tan amolados, no crean, ¡ya que fue a esta terrible apariencia a la que debieron el constante éxito de sus excursiones, pues!

Los apaches siempre tenían que estar preparados pa' escaparse y por tal motivo sus viviendas eran construcciones fáciles de armar y de quitar o a lo peor, de abandonar. Debido a esto levantaban sus *tepees*, o dependiendo de la ocasión, los qu'eran estructuras de palos en forma de cúpula, cubiertas de un espeso pasto o leña menuda.

Pa' su supervivencia y defensa, usaban un arco con refuerzo de tendones, que lograban darle más flexibilidad y por tanto, mayor alcance a sus flechas, por lo cual, la comida no les faltaba, y a pesar de qu'en muchas ocasiones s'encontraban en desventaja numérica, no perdían una pelea, ¡así como l'oyen! —dijo mostrando abiertamente su admiración.

Esto los hizo muy temibles —continuó, mientras hacía la cabeza hacia atrás y agregó—, por eso se les llamó apaches, que en lengua tewa o suñi, creo —dijo haciendo aspavientos con una mano para denotar el desconocimiento de cuál de ellas era—, quería decir "enemigos".

Como ya les dije, ellos formaban grupos que estaban en constante movimiento y eran muy aguerridos; en sus inicios estaban mucho mejor armados que otras tribus. Así que cuando se hicieron de caballos, su peligrosidad aumentó. Se movían sobre sus bestias sin frenos y sin montura, por lo mismo, eran muy ligeros en sus maniobras. ¡Pero si a pie eran peligrosos, a caballo eran temibles! Pasaban días enteros sobre sus cabalgaduras. Se convirtieron en merodeadores y con su facilidad para cambiar de lugar y pa' recorrer grandes distancias, provocaron el temor de otras tribus así como de los gringos y también de nuestros paisanos.

Ellos aprendían desde pequeñitos a ser guerreros mediante sus juegos. En uno d'ellos, los niños se llenaban con agua la boca y luego tenían que correr varios kilómetros ¡sin tragar ni una gota! ¡N'hombre, nomás pa' que se den una idea de su calidad, ¿eh?!—dijo recorriendo con la mirada a su audiencia, para reforzar su comentario.

El que lograba su cometido —continuó después de un rato— tenía la satisfacción de ganarse el respeto de todos los miembros de su comunidad, lo cual era algo muypreciado pa' ellos.

Sujetaban sus greñas con una tela o con una tira de piel, y a veces, con un gorro de piel de venado adornado con plumas y hasta con cuernos, dependiendo de su rango. En sus ceremonias y en ocasiones especiales, se vestían con irnos calzoncillos de gamuza o una especie de chaparreras. Muchas veces andaban con el pecho bichi^[4], pero también usaban camisas de telas burdas o de piel, confeccionadas por sus mujeres. Calzaban unas tehuas que les llegaban hasta las canías, amarradas con tiras de piel y llevaban flecos de tiritas en el talón, que uno podría pensar que eran de adorno, pero no, tenían la función de borrar sus huellas, ¿eh, qué tal? —dijo sonriendo, muy orgulloso de sus conocimientos.

Han de saber —añadió— qu'el adorno de plumas que llevaban en sus cabezas no lo confeccionaban ellos mismos, ni tampoco sus mujeres, ¡no señor! Este adorno lo hacían sus iguales, como un reconocimiento a su valía, su destreza y más que nada por respeto, pues. Entre más plumas y cuentas llevaba el tocado, mayor su rango.

Su ropa también estaba adornada de cuentas y plumas —continuó—, que por ahí decían que no era más qui'un disfraz, que se ponían cuando mañosamente solicitaban la paz —dijo quedándose momentáneamente pensativo y luego continuó—. Ellos se quitaban este atuendo pa' la guerra o cuando iban a la caza de sus enemigos, ya que iban semidesnudos, con sus cuerpos llenos de pintura y las cabezas amarradas con mecates con plumas colgando.

Ya sé qu'ellos cometieron muchas fechorías —dijo condescendiente—, pero siempre debemos tener en cuenta que fuimos nosotros, los extraños, los invasores a su territorio y a su forma de vida, los que les enseñamos cómo comportarse así, producto de tantas injusticias que se cometieron en su contra, tanto por parte de los gringos como de la gente de acá de este lado, pues —señaló con severidad, echándose un buen trago de bacanora y después de un rato, continuó.

Estos hombres comían principalmente la carne de los animales que cazaban, como el bura, el venado y el berrendo, el oso, el jabalí, el león y el puerco espín, aunque también comían lo que la naturaleza les regalaba, sin hacer ningún esfuerzo, como las bellotas^[5], las pitahayas, las biznagas y los piñones. A ellos les gustaban mucho los frutos del noble mezquite, del que usaban sus vainas tiernas pa' sus guisados y las vainas maduras pa' hacer atolito. De ahí nos viene el gusto por estos guisos, pues. Comían la chúcata que escurre del tronco del mezquite y golosos la arrancaban. También la usaban como goma pa' pegar, así que se las ingeniaban con lo que la naturaleza les ofrecía, ¡pa' que vean que no eran tontos! —afirmó—. Los frutitos del cúmaro también eran parte de su alimentación, nomás que éstos ya se ven muy poco.

Su delicia era el mezcal tatemado, pues lo sacaban de los cogollos del maguey, del sotole, de la palmilla y de la lechuguilla. Ellos lo beneficiaban cociéndolo a fuego lento dentro di'un hoyo, hasta que tenía cierto grado de dulzura y efervescencia. También hacían una especie de pinole con la semilla del heno o zacate que cosechaban en el tiempo de su sazón, aunque en pocas cantidades, pues la siembra no era su fuerte.

Hubo un tiempo qu'ellos también cazaban al búfalo, pero como los comanches los obligaron a venirse p'acá, p'os tuvieron que cazar otros animales, o robarlos...

Eran gente muy trabajadora, ¡sí señor! Aunque algunos crean lo contrario —dijo esto recorriendo con dura mirada a los concurrentes de mayor edad, que se hicieron los desentendidos.

A pesar de que cambiaban constantemente de lugar, dependiendo de la caza o de los frutos que hubiera en la temporada, o también de la guerra, tenían fuertes lazos con algunos lugares, principalmente con las montañas.

Su religión era parte fundamental de su vida y entre los dioses qu'era sabido que adoraban, estaban los llamados "ga'ns" o *Gahes*, espíritus de la montaña, quienes al parecer los beneficiaron siempre, pues era prácticamente imposible atraparlos en ellas. Estos espíritus protectores estaban presentes en algunos de sus ritos, como el de la iniciación de las jóvenes cuando dejaban de ser niñas.

Nomás pa' que se den una idea de lo aguerridos qu'eran estos indios, deben ustedes saber que nunca fueron sometidos durante la colonización d'estas tierras. Quizá esto se debió a su misma forma de ser y a sus constantes ires y venires, o a lo mejor a la gran cantidad de grupos y aldeas qu'estaban distribuidos por todo Sonora, Chihuahua y Coahuila, así como también por Nuevo México, Arizona y Texas, en territorio hoy de los Estados Unidos. Se dijo que incluso llegaron a andar hasta por Durango —señaló.

Ellos siempre fueron rebeldes y libres. Cuando uno conoce su historia y su manera de proceder y se pone a razonar, se da cuenta de que no se les podía vencer ¡porque no presentaban batalla! Usaban una estrategia que dificultaba muchísimo su captura, pues llegaban en el momento menos esperado, asaltaban y desaparecían, sin más.

Mucha gente decía que no tenían palabra, pero eso tampoco era cierto. Lo que pasa es qu'estaban divididos en tribus, entr'ellas la de los mezcaleros y la de los chiricahuas, y éstas a su vez se dividían en bandos independientes, dirigidos cada uno por un cabecilla. Los tratados de paz que alguno d'ellos pactaba pa' no atacar algún pueblo, región o rancharía, no lo tenían que acatar por fuerza los otros grupos que merodeaban esa zona, por eso la convivencia con ellos, ¡p'os era muy difícil! —dijo denegando con la cabeza y rascándose la, como muestra de la desesperación que aquéllos podían provocar—. ¡Eran muy temidos por su agresividad, astucia y resistencia! —agregó.

Pero si uno los conocía deveras, deveras, podía darse cuenta de qu' eran gente como nosotros, que tenían sueños y necesidades y que, si un jefe hada un pacto, ni él ni su grupo lo rompía, ¡no señor! Pero por muy jefe que fuera, no podía comprometer a los demás grupos, porque traicionaría su propia manera libre de concebir la vida.

Como algunos sabemos, ellos tenían la piel cobriza, al igual que las demás tribus d'este continente —señaló—, los ojos rasgados y sus pómulos recios y prominentes, el pelo negro lo llevaban largo y su cara era más bien lampiña. Eran hombres muy altos, bien proporcionados y sobre todo, muy correosos ellos —y empezó a buscar con la mirada hasta que encontró lo que buscaba—. ¡Así como Jacinto, pues! —dijo señalando con guasa a su hijo adoptivo, que estaba pendiente del relato y que sonriendo se dio una vuelta para que todos lo vieran, provocando una ruidosa carcajada.

Estaban hechos pal combate —continuó—, y como les he venido machacando, eran conocidos por su extraordinario valor y destreza en el manejo de las armas de cualquier tipo, así como por su agilidad, ingenio y habilidad en la cacería y en la cabalgata.

Tampoco nosotros nos salvábamos de sus correrías y rapiña, ¡si nos odiaban más que a los mismitos gringos, pues! —afirmó—. ¡Ah, claro!, porque los gringos les compraban a ellos lo que nos robaban a nosotros, pero con maña, porque querían provocamos problemas pa' quedarse luego con nuestro territorio, como al final sucedió —dijo indignado.

En aquel entonces —prosiguió, haciendo alarde de memoria— andaban por aquí muchísimos grupos apaches, aunque no se quedaban en un lugar fijo, perjudicando seriamente todos los lugares que les quedaban por el camino. Viajaban desde la frontera hasta 150 kilómetros al interior de nuestro suelo.

Desde sus montañas, porque eran suyas —aclaró—, merodeaban y hacían incursiones a los estados que les quedaban cerca de donde habían decidido acampar, cayendo por sorpresa sobre las haciendas, rancherías y poblados, entrando a robar caballos, muías, burros y vacas, y otros animales si podían; matando a los hombres y sometiendo a las mujeres y a los niños, integrándolos a sus mismos grupos o esclavizándolos si no cooperaban.

Si ellos se robaban a las mujeres y a los niños —aclaró— era debido a que en varias ocasiones fueron víctimas de ataques militares, tanto por parte de los gringos como de los nuestros, que llevaron a cabo horribles crímenes, matando a sus familias; acuérdense de la matanza que hubo por acá, cerca de Janos —apuntó hacia el este, haciendo un gesto de desaprobación con la cabeza y dejando que su auditorio hiciera memoria.

Durante mucho tiempo fueron hostigados y perseguidos por los ejércitos de ambos países hasta las faldas de sus amadas montañas, pero estos canijos eran tan diestros sobre sus caballos y en el uso de sus armas, y se escondían tan bien en sus fortalezas naturales, que su búsqueda no daba resultados. Además, era tan conocida su fama de sanguinarios, que sus enemigos quedaban paralizados por el terror.

El problema se hizo tan grave, que llegó un tiempo en que la gente de Sonora y también la de Chihuahua quiso anexarse a los Estados Unidos, ¿cómo la ven? —preguntó mientras pasaba una desconfiada mirada sobre sus oyentes, dándose un tiempo para estudiar sus reacciones—. ¡Ah, p'os eso era lo que lo gringos querían! Si constantemente estábamos en guerra, ya se habían quedado con buena parte de nuestro territorio. Pero todo esto sucedió porque nuestro supremo gobierno no se daba abasto con las revueltas y no respondía a los reclamos de ayuda d'estos estados dejados de la mano de Dios. Eso fue por allá como por el 50, 51 —dijo viendo a lo lejos—, más o menos por ahí.

Pero como pa' todo hay sus "asegunes", debemos decir también que la ambición lleva a los hombres a cometer muchos atropellos y como en ese tiempo se supo que por estos rumbos se habían encontrado metales preciosos... ¡No p'os, muchos aventureros se quisieron aprovechar de la situación!

La gente del supremo gobierno central y de la jefatura del estado tenían que andarse con pies de plomo y siempre muy alertas, porqu'esta tierra era del interés no sólo de los gringos, sino también de los franceses y di' otros gobiernos —hizo un movimiento con la mano para denotar que cualquier nación extranjera, la que fuera, daba lo mismo— que querían aprovechar cualquier oportunidad, dispuestos a aportar armas y gente con tal de arrancamos nuestro valioso territorio.

A Dios gracias, que tiene sus senderos —recalcó—, y aunque nos cueste trabajo reconocerlo, fue gracias a los apaches, que no fuimos invadidos y despojados por mucho tiempo, por otros gobiernos.

Pero igual, el desastre provocado por estos indios, que se habían convertido en una calamidad pa' todos, hizo que los de aquí se desesperaran. Fue tanta la presión que ejercieron algunos hacendados y rancheros afectados, qu'el gobernador de Chihuahua emitió un edicto en el que se puso precio a cada cabellera apache que se entregara como prueba de su muerte; ofreció doscientos cincuenta pesos por indio muerto y ciento cincuenta por mujer, así como por niño o niña.

Después tuvo que revocarse esta disposición por mandato del supremo gobierno, que tuvo qu'emitar un nuevo decreto donde se prohibía la caza de hombres, so pena de muerte, en vista de que muchos aventureros nacionales y extranjeros, ávidos de obtener la ambicionada recompensa, se pusieron a matar gente de tribus pacíficas, como la de los tarahumaras, a quienes les arrancaban la cabellera con todo y cuero, y como resultaba imposible probar si pertenecían o no a algún apache, pues...

El caso es que, pa' cuando se dieron cuenta los del gobierno central de lo qu'estaba pasando, estas malas personas habían causado ya mucho estrago y se tuvo que mandar un contingente negociador pa' apaciguar a los ofendidos, ofreciéndoles tanto justicia como algunas concesiones en tierras, pertrechos y alimentos, así como armas y municiones pa' su defensa, dispensas que no gozaban hasta entonces.

¡Imagínense nomás! No es raro que los apaches nos consideraran más enemigos a nosotros que a los gringos, ya que sus experiencias con la gente traicionera de por acá los orilló a pensar que todos éramos iguales, así que no se detenían en sus fechorías.

Sin embargo, los que frecuentaban más nuestra tierra, como los chiricahuas de Bacoachi, como les decían en la capital del estado, llegaban a tener ciertos lazos de amistad con la gente d'estos rumbos, sobre todo aquella con la que tenían negocios o pactos de ayuda mutua, como era el caso de don Mariano Palacios.

Aquí cerca vivía un grupo d'ellos, parientes políticos de Leonor y Ackycha, con los qu'este señor tenía negocios; incluso, como les conté, lo acompañaban a la sierra en sus cacerías de lobos, coyotes y gatos de todo tipo; le servían de guía a cambio de la carne de'stos animales pa' alimentar a sus familias y por su parte, él se beneficiaba con proteger sus ranchos.

Las pieles las negociaban, ya qu' ellos las utilizaban pa' hacer tehuas, cintos o algunas otras cosas que luego se las entregaban a él pa' que las pusiera a la venta en su tienda, o simplemente se las dejaban a cambio de algo que le interesara, ¡podía ser..., no sé..., quizá sacarles un compromiso de no agresión, pues!

El comercio con los indios, ya fueran comanches, apaches o de cualquier tribu, era muy común por estas tierras, pero todo dependía del trato que la gente tuviera con esas aldeas, así como de la política de moda en el centro del país. Lo malo es qu'uno muchas veces ni estaba de acuerdo con las disposiciones de allá, pues, ¡y como estaba tan lejos!, considerábamos qu'eran extraños a nuestra manera de vivir —dijo, y después de echarse tranquilamente un trago de bacanora y de encender un cigarrillo, continuó.

Por estos asentamientos sólo vivíamos los que nos habíamos adaptado, no cualquiera. Sólo los más fuertes, señores —recalcó, incluyéndose orgulosamente entre ellos—, los que con sacrificio habían comprado su tierra y que estuvieron dispuestos a pelear por ella o protegerla haciendo las paces con sus anteriores dueños, conviviendo con los naturales de por aquí.

Hay que tener claro qu'esta gente que se vino a remontar a la sierra era muy pobre, que había usado los únicos recursos que tenía pa' comprarle al gobierno las tierras qu'este les ofrecía y qu'eran las únicas quistaban a su alcance, así que tenían que defenderlas con su propia sangre. Y así fue, costó muchas vidas apaciguar la región, p'os cuando no era una banda era otra la que arrasaba con los ranchos. Muchas familias desistieron y abandonaron sus propiedades. Pero los hombres que se quedaron aquí eran recios, valientes y arrojados —dijo cerrando los puños y haciendo fuerza con los brazos, para reforzar lo que decía—, al igual que sus contrincantes, pero sobre todo, eran inteligentes, y por fin lograron acuerdos de paz con los grupos apaches que circulaban por aquí, concediéndoles que se movieran a su antojo, aunque dichos pactos fueran temporales.

'Ora sí que, si los apaches no eran molestados, tampoco molestaban. Por desgracia, en algunas ocasiones se tuvieron que romper los acuerdos de paz a pesar nuestro, ya que los rancheros de Bacoachi no le podían dar la espalda a los de Unámichi, Arizpe y otros que pidieran apoyo. Aunque después tuviéramos que volver a negociar con la misma gente a la que habíamos combatido.

Los pobladores de la sierra se tenían que valer de sus propios medios pa' mantener la región en paz y el supremo gobierno central en muchísimas ocasiones con sus decretos, provocaba situaciones sumamente sangrientas y difíciles de sostener. Muchas veces tuvimos que luchar contra los enviados federales pa' proteger nuestros intereses, pues.

Así que también nosotros éramos considerados rebeldes, no nomás los indios. Por lo general los hombres de por acá no veían con buenos ojos a las huestes militares que se presentaban a "protegernos", porque siempre esperábamos que tejieran alguna doble intención y lo peor de todo era qu' exigían nuestra cooperación pa' hacer cumplir aquello con lo que no estábamos de acuerdo —finalizó con molestia.

Miguel y Angélica

Juntando un poco de aquí y de allá, cosas que le habían contado sus abuelos, doña Caya, la Nachita y la gente del pueblo, el Ché Vía logró reconstruir la historia de sus padres y cada vez que podía, atraía esos recuerdos a su mente. Algunas cosas no tuvieron que contárselas, las había sacado por conclusión.

—"Al pasar los años y por cosas del destino —le dijo en una ocasión su tata Santiago—, Miguel preñó a la hermana menor de los Cuevas, de quien estaba enamorado. En aquellos tiempos —recalcó con lentitud, a su estilo, como analizando lo que decía— los niños tenían que madurar muy pronto..., el —afirmó con la cabeza—, así era... y teniendo la ocasión propicia, p'os...

Angélica, así se llamaba aquella niña que habría de darte la vida, perdiendo la suya a cambio —le dijo como para que valorara más aquel regalo—, apenas tenía quince años recién cumplidos cuando viniste al mundo. Tu papá a lo sumo tendría dos años más.

Los Cuevas se fueron del pueblo, dejándonos en paz —le contó, mientras con su navaja trabajaba lo que sería el mango de un cuchillo de caza—. Las nupcias se llevaron a cabo tres semanas después de que nos enteramos que venias en camino, cuando a petición de tu nana Ruth se presentó el padre Manuel Acuña, quera de por aquí y oficiaba en la parroquia de Cananea y en los pueblitos de por acá. S'hizo de la manera más sencilla. Acudió toda la gente del pueblo, dado qu'era domingo y día especial, pues los curas tan sólo venían en ocasiones como aquella, ya qu'el camino era muy abrupto y se requería medio día a caballo pa' llegar y lo mismo pa' volver".

—"Por su seguridad —intervino su nana Ruth, mientras preparaba unas conservas—, decidimos que lo mejor para ellos era que se quedaran a vivir a nuestro lado. Tu papá siguió con sus labores cotidianas y puso más empeño en aprender sobre curaciones, pues entendía bastante de hierbas medicinales y su poder curativo.

Pero no dejaba de ayudar a tu tata en las labores del rancho.

Pasaron los meses y antes de lo previsto —continuó ella con tristeza, denegando con la cabeza—, a tu joven madre le empezaron los dolores del parto. Sufrió mucho y demoró dos días en traerte al mundo... Apenas pudo verte un instante" —guardó silencio.

Doña Caya, por su lado, le contó en voz baja para que su nana no los escuchara:

—"Tu nana tuvo que sobreponerse a la pérdida de tu mamá y al dolor que sentía al ver a su hijo sufrir tanto, porque tenía que atenderte. Estabas chiquitito —le dijo la sirvienta, abriendo un corto espacio entre sus manos, tratando de darle a entender lo pequeño que era— y corrías un grave peligro, más todavía sin tu madre, así que tu nana no tuvo más remedio que traerse a vivir a una mujer recientemente parida pa' que te alimentara."

—"Tu papá no alcanzaba a aceptar lo ocurrido —le dijo su tata Santiago con tristeza—, aunque yo sé que estaba muy consciente de qu'esas cosas podían pasar, pero él no aceptaba aquella pérdida."

—"Su aletargamiento —añadió su nana Ruth, que comprendía muy bien cómo reaccionaban las personas ante la pérdida de un ser querido—, le ayudó un tiempo para poder soportar el dolor. Cuando me veía contigo en brazos, desviaba la mirada, como si de esta forma lograra borrar lo que sentía.

Durante el sepelio de tu madre —recordó— ni siquiera derramó una lágrima. Los hermanos de ella, tus tíos, no se presentaron, a pesar de que tu tata Santiago les mandó aviso con un lugareño que los conocía, y que aseguraba saber dónde se encontraban.

"Quién iba a decirme —dijo después de un largo silencio— que aquellos niños, por los que yo había abogado tanto, años después le quitarían la vida a mi único hijo! ¡Quién iba a creerlo!" —se derrumbó en la silla con las manos sobre la cara.

Al recordar aquello, el anciano lloró. Ella había tratado de inculcarle que no debía guardar rencor, pero aquello era imperdonable. Sólo tuvo a su padre el tiempo suficiente para admirarlo como a un hermano mayor a quien se venera con devoción y siempre se desea agradecer.

Los Cuevas, de quienes renegaba como parientes, cobardemente habían acabado con su vida, tendiéndole una emboscada y poniendo de pretexto a la hermana mancillada —pensando en esto, cerraba los ojos y los puños con fuerza.

La gente del pueblo decía que ellos jamás trataron bien a su hermanita, pues la consideraban una carga y la trataban peor que a esclava y apenas si le proporcionaban lo necesario para sobrevivir.

—¡Pobre niña, pobre esposa, que apenas conoció el amor! ¡Pobre madre..., mi madre! —decía él para sus adentros, con gruesas lágrimas corriéndole por el ajado rostro.

Recordó que en una de esas raras ocasiones en que su padre lo llevó a acostar, tendría él apenas cuatro años, le preguntó por su mamá y Miguel le respondió, con los ojos llenos de agua, que había sido un ángel que Dios se había llevado "pa' que ya no sufriera". Como era tan pequeño, se había quedado aturdido, pues no entendió por qué Dios le quitaría a su madre.

Pasando de un pensamiento a otro, como suele suceder, recordó con cariño a su tata Santiago, que a pesar de su reda formación de ranchero, jamás se enfadaba porque su mujer obtenía ganancias propias curando a los enfermos, pues su educación religiosa también consistía en ayudar no sólo a éstos, sino a los débiles, a los desamparados y por descontado, a los vecinos.

Y luego sus pensamientos volaban de inmediato a su adorada abuela, que le contó que había adquirido sus conocimientos generales de medicina al lado de su padre, el doctor Harry Williams, y que él se había encargado de entrenarla para que le ayudara allá en su casa hospital, antes de casarse, adquiriendo así mucha experiencia y seguridad para diagnosticar.

—Al principio —le dijo ella—, no quería aceptar nada por prestar mis servicios, pero poco a poco la gente, en correspondencia o en pago, me traía gallinas, pasteles, carne, pieles, leche, huevos y otras cosas, lo que tuvieran a la mano y pudieran disponer para no recibir la curación de caridad.

¡No señor —pensaba él—, así somos de orgullosos los de por acá, pues! Ella así lo comprendió y tuvo que recibir lo que le llevaban pa' no pecar de engreída.

—"Tu nana era muy atinada —le dijo la ñora Caya mientras amasaba y la Nachita, moviendo el cocido con el cucharón, afirmó con la cabeza—, su fama se fue extendiendo por toda la región y llegó el día en que fue más el tiempo que tuvo que dedicar pa' visitar a los enfermos y en veces tenía que pasar noches fuera de casa, cuando se trataba de veras de casos difíciles como contagios o lo que fuera —señaló moviendo su mano derecha, haciendo un gesto de vaguedad—, hasta que tuvo que contratamos pa' los quehaceres domésticos.

Ella se hada acompañar siempre por el niño Miguel —le dijeron, satisfechas de la conducta de su patrona—. Prefería hacerse cargo personalmente y así, llegó el momento en que conocían no sólo a la gente d'este pueblo, sino también a la de los pueblos vecinos y de la sierra".

Entonces, volviendo al presente, él se recriminaba por los malos pensamientos que frecuentemente se le revelaban y que no podía acallar. ¡Y pensar que tantas veces su abuela había atendido a aquellos desagradecidos infelices! ¿Quién iba a decirle que serían ellos, precisamente ellos, quienes le causarían el dolor más grande de su vida?

—"No sólo los atendía de sus males sin esperar nada a cambio —recalcaba con rabia la ñora Caya en la cocina—, sino que también, en la medida en que podía les llevaba alimentos, utensilios que creía les hacían falta, cobijas y otras baratijas que la gente del pueblo le cedía con gusto, pa' qu'ella hiciera su obra. Ellos recibían todo con una ansiedá que daba miedo —denegaba, rechazando su conducta—, a mí me tocó acompañarla en algunas ocasiones y la verdá, no m' esperaba nada bueno d' ellos".

—"Tu mamá tenía apenitas tres años cuando quedó huérfana —le dijo la Nachita—. El señor Cuevas desapareció un día sin decir nada y su mujer no tuvo la fortaleza pa' sacar adelante a su numerosa familia".

—"Se dejó morir —le dijo su nana Ruth con lástima, cuando él le preguntó—. Se acobardó ante la adversidad y no supo enfrentar la soledad.

Un día vino a buscarme Lorenzo, el mayor de aquellos niños, porque creía que su madre estaba enferma, pues no respondía cuando le hablaban y estaba muy fría, me dijo. Murió de inanición y su bebé de dos meses de nacido, también".

Aquello fue una tragedia muy sonada —pensó el anciano— y marcó la vida d'esos rapaces, que fueron abandonados por sus progenitores, aunque de distinta manera. Crecieron con el rencor de los que sienten que les arrebataron lo que les pertenecía, y la pagaban con todos.

Recordó que le dijeron que al principio la niña sobrevivió gracias a los cuidados de una amiga de la señora Cuevas, que la atendió mientras pudo, pues una enfermedad la obligó a mudarse con unos parientes lejanos y dejarla en las toscas manos de sus hermanos. Lorenzo la había reclamado.

A partir de entonces —decían en el pueblo con desaprobación manifiesta— la vida de aquella criatura se convirtió en un infierno, pues la trataban con toda clase de groserías y le pegaban con o sin razón, al grado de que constantemente se tenía que esconder.

—"Ya que pasó un tiempo de la muerte de su esposa —le dijo su nana Ruth—, Miguel se animó a hablarme de ella y de cómo la había conocido".

—"Fue en una ocasión en que fui a buscar leña pa'traerle a la Nachita —le dijo él— y por casualidad, ella había tomado la decisión de huir porque no aguantaba a sus hermanos, tomando aquel camino sin saber a dónde ir.

Al principio no nos hablamos. Ella se mantuvo detrás de un enorme encino viéndome juntar los troncos y echarlos a la carretilla de madera. Yo hada el trabajo, pero no la perdía de vista. Cuando me dio hambre, junté algunas bellotas del suelo y las fui echando al saquito que cargaba amarrado al cinto. Luego me senté en un tronco bajo la sombra del encino, pa' comer los taquitos de frijol que la Nachita me había preparado. Como ella m'estaba mirando, me picó el corazón, así que le extendí un taco con la mano, aunque no le dije nada. Desconfiada, se mantuvo a distancia

sin quitarle la vista de encima a la comida, pero sin moverse, así que le insistí, moviendo la mano y el taco. A pesar del hambre, la pobre no se movió. Finalmente, me cansé y dejé de prestarle atención.

Después de un rato, se acercó muy despacio, como con miedo y cuando me di cuenta, le dejé el taco sobre el tronco dond'estaba sentado y le di la espalda. Lo agarró y se sentó a mi lado, dándome también la espalda, engulléndoselo con ansiedad.

Recuerdo que sentí una fuerte punzada en el corazón —le dijo Miguel a su madre—. No intenté hablarle, pa' que no se asustara y cuando terminé de comer, nomás me levanté y seguí con mi tarea y ella empezó a juntar bellotas y a comerlas, mientras yo trabajaba muy contento —sonrió con tristeza.

A partir d'ese día, le pedía a la ñora Caya o a la Nachita, dependiendo de quién me mandara por leña, que me pusieran más comida. Ellas lo atribuyeron a qu'estaba creciendo y haciéndome burlas, me ponían de sobra en la canasta. Yo trataba de pasar por ese lugar cuando iba a juntar leña, aunque tuviera que dar un gran rodeo, dejando siempre en el tronco algo de la comida que llevaba. Poco a poco Angélica se animó a hablarme y luego me acompañaba a los distintos lugares a donde tenía que ir".

—"En ocasiones —le dijo su nana—, aparte de recoger leña, también tenía que llevar medicinas preparadas por mí para los vecinos de la región. Cuando las distancias eran muy grandes, tenía que llevarse la muía, pero antes pasaba por ella, según me contó.

Pasaron los días y luego los meses —continuó diciéndole—, dando tiempo para que se identificaran más y se hicieran inseparables. En aquellos lugares tan recónditos de la sierra era fácil que la noche los sorprendiera. En varias ocasiones tuvieron que pernoctar en el camino, dándoles ocasión de prolongar un poco aquellos momentos, que cada vez les resultaban más agradables. Así sucedió un día que con motivo de una fuerte lluvia, tuvieron que pasar gran parte de la tarde y la noche en una húmeda cueva. Se entregaron al amor que había surgido entre ellos. Lo demás... —su nana levantó los hombros, como para denotar lo inevitable.

Pasó el tiempo y a partir de entonces siempre buscaban la ocasión para volver a estar juntos, hasta que un día Angélica no se sintió bien".

—"Caminaba haciendo eses y vomitaba cuanto ingería —le dijo Miguel a su madre—, así que la traje pa' que la revisaras".

—"Después de hacerle algunas preguntas —le contó nana Ruth—, supe lo que le pasaba. Cuando le pregunté si el padre de su niño y sus hermanos ya lo sabían, ella, entre temerosa y avergonzada, me respondió que no.

Como yo conocía cuál era su situación, sentí una gran compasión por ella y le ofrecí nuestra casa como lugar neutral, para informarles a sus hermanos sobre su estado y los cuidados que requeriría en adelante.

Cuando tu papá se enteró de lo que ocurría, se fue de inmediato a hablar con tu tata, que en ese momento se encontraba en la casa.

Tu tata Santiago era un hombre muy callado —le dijo con nostalgia—, muy ranchero él, pero de mucho corazón. Después de enterarse de la situación, habló conmigo. Es cierto que me

sorprendió mucho —le aseguró su nana—, pues veía a tu padre muy niño, pero igual había que resolver aquello.

Entonces —continuó—, tu tata se comprometió a hablar con los hermanos de tu mamá para que no se opusieran a su enlace, y así lo hizo, pero las cosas no salieron como hubiéramos deseado".

—"Los Cuevas se violentaron peligrosamente —le contó su tata Santiago— y sacaron a relucir el coraje que tenían contra todo el pueblo, que según ellos los hada sentir como basura, como unos malvivientes, dijeron".

—"Pero no se atrevieron a nada —le dijo la ñora Caya con orgullo, aprobando a su patrón—, pues tu tata había traído a sus vaqueros, como medida de seguridad. Se retiraron rapidito cuando se dieron cuenta de que no estábamos solos —dijo, tronando los dedos varias veces—, sin embargo, se la sentenciaron al niño Miguel... —denegó con tristeza— y desaparecieron de la región por un buen tiempo".

Anécdotas y augurios

—Me enteré de que en una ocasión en que Ackycha Tizonse cazaba con un grupo de chiricahuas en Sierra del Carmen, se encontraron con unos hombres qu'estaban acampando —les empezó a contar el anciano—. Uno d'ellos, Samuel Barringthon, quien estaba a cargo del campamento explorador, se acercó a su caballo, pues se notaba a leguas quera el cabecilla y le ofreció una humeante taza de café. El joven apache no aceptó y tranquilamente recorrió a todos con la mirada desde su cabalgadura.

Aquello no le agradó al jefe explorador, pero igual les pidió a sus hombres que les ofrecieran de la comida que tenían en el fuego, pero siguiendo el ejemplo de su líder, los apaches dijeron 'no' con la cabeza.

Barringthon empezó a preocuparse, y norrias echaba miradas p'atrás, hada dond'estaban sus hombres apostados —se rió—, pero en eso notó qu'el apache miraba con evidente aprecio el zamarrón de piel que vestía, mismo que le halda comprado a una india en Texas. Cuando finalmente Ackycha le preguntó en perfecto inglés, pa' sorpresa suya, en dónde la había conseguido, el gringo, sin importarle el frío, se quitó el objeto de deseo del indio y se lo extendió, diciéndole qu'era un regalo.

Después de un angustioso momento pa'l explorador y sus hombres, Ackycha tomó el obsequio y le dijo algo en su lengua al hombre qu'estaba a su lado. Éste se bajó de su cabalgadura y se dirigió a una muía que venía jalando y sacó de entre las pieles un hermoso rifle nuevo que llevaba envuelto cuidadosamente y se lo entregó al explorador.

El líder apache se llevó la mano al pecho con la palma hada abajo y luego, en un corto movimiento la extendió hada el gringo —dijo el anciano realizando esos movimientos para enseñar a sus oyentes—, quien entendió que el indio daba por terminado el trueque como justo. Después, se retiraron sin ninguna novedad y los exploradores dejaron de sudar a pesar de aquel frío, pues pensaron que su hora había llegado.

Pero dio la casualidad de qu'el grupo apache se fue pa'l Presidio del Norte, en la frontera de Chihuahua con Texas, pa' vender el producto de su cacería. Un gendarme del lugar reconoció el zamarrón del explorador gringo, a quien estaban esperando desde hada una semana, y dio aviso a su coronel, Domingo Arzate, quien dio la orden de detener a todo el grupo.

Cuando le preguntaron a Ackycha por su nombre, con la barbilla levantada y la mayor tranquilidad, imitando el mal español de su gente, les dijo: *Altzathe*. Era por todos sabido que los indios jamás daban su verdadero nombre y que usaban cualquiera cuando se les detenía.

A propósito d'esto —sonrió—, la gente del pueblo no se ponía de acuerdo en sus teorías del por qué de aquel nombre, unos decían que trató de burlarse de aquel coronel que lo quiso colgar, y los más decían que "Altzathe" era una adaptación que habían hecho los apaches a su lengua, del apodo "el alzado" con que se referían a él los rancheros y los militares.

¡En fin! —alzó sus hombros enjutos y luego continuó—. Esa misma noche los declararon culpables del asesinato del grupo de Barringthon y los sentenciaron a la horca pa' la mañana siguiente.

Un lugareño quiso hablar con el coronel en defensa del indio, pues lo conocía de cuando acompañaba a don Mariano Palacios a sus negocios, pero el militar se negó a cambiar de parecer. Le había caído mal la actitud altiva d'él y quería dar un escarmiento.

Por suerte pa' nuestro amigo, la cuadrilla del explorador se presentó en las primeras horas de la mañana, poquito antes de que diera inicio la ejecución. Cuando Barringthon averiguó para quién era aquella horca, de inmediato se hizo acompañar por un grupo numeroso de lugareños y pidió audiencia en el cuartel pa' aclarar las cosas.

A pesar suyo, el coronel Arzate tuvo que soltar a los detenidos. Cuando se iban retirando, salió a verlos partir y no se aguantó las ganas de decir "a ver si no nos arrepentimos de no haber aprovechado la oportunidad de deshacemos de éstos, en especial de ese Alzathe —señaló a Ackycha con la cabeza—, no me gustan para nada los indios sabihondos".

Jacinto

Después de despedirse de la concurrencia del día, José Villa, recostado en su cama, siguió con sus invaluable recuerdos. Había recogido a Jacinto hacía ya treinta tres años, cuando venía de vuelta a Bacoachi, después de visitar en Cananea la tumba de su padre, lo cual hacía regularmente con puntualidad y reverencia, no sólo en su aniversario luctuoso, sino cada vez que tenía que ir a aquel pequeño pueblo minero, enclavado en la sierra.

Lo avistó en un sendero de la falda de la montaña, en las orillas del río, donde jugaba alrededor de unos apaches muertos y andaba todo lleno de tierra, mocos y caca. Recordó que le había calculado alrededor de dos años.

Quedó a la deriva —se dijo en aquel momento y se compadeció de él—, ¡pobrecito! Seguramente su madre murió y en una forzosa retirada se les quedó aquí. Si el pobre niño tuviera madre, ésta ya habría vuelto por él —no le cabía la menor duda, porque sabía que las indias podían morir por sus retoños y los defendían con uñas y dientes, si era necesario.

Se bajó de su caballo y preparó la reata para lazarlo. Se acercó con mucho cuidado, porque el niño, a pesar de su corta edad, oteaba a intervalos como animalito salvaje. Sabía que si el lepe lo veía —se sonrió para sus adentros con el recuerdo—, se le podía escapar.

Mientras se preparaba, pensó que la pobre criatura estaba a merced de los lobos, coyotes o cualquier fiera de la sierra. Cuando estuvo a una distancia adecuada, lo lazó y el pequeño gritó y trató de correr despavorido. Entonces, aseguró la reata a la montura y amarró su caballo en un árbol cercano. Tomó un paño de su alforja y se acercó muy despacio hada el pequeño, hablándole con voz baja para que se calmara, como lo hacía algunas veces para tranquilizar a sus potros. El niño se revolcaba en el suelo, chapoteando el agua con sus cortas piernas, mordiendo la cuerda para zafarse. Él mojó en la comente del río el paño que traía en la mano y levantó al pequeño, sujetándolo fuerte para inmovilizarlo. Aquellos oscuros ojos lo miraban desorbitados. Haciendo caso omiso, le pasó cuidadosamente el trapo por la cara, haciéndole las greñas hada atrás le habló quedito mientras lo limpiaba "yo sé que no me tienes confianza y no tienes razón pa' tenérmela — le dijo—, menos, después de haber visto esta matanza —señaló a los muertos—, pero 'horita yo soy el único que puede ayudarte, pues" y como por acto de magia el niño se quedó muy quieto.

Mojaba y limpiaba, mojaba y limpiaba la cara, los cabellos, los brazos, el tronco. Luego, le quitó el calzón de piel y lo lavó en la corriente, sin mostrar asco siquiera. Parecía que el niño se halda conformado, pero aún así no lo liberó. Se volvió para limpiarle las nalgas, pero el pequeño se tiro al suelo gritando de nuevo, jalándose y revolcándose. Lo dejó. Cuando por fin se calmó, se acercó de nuevo y como si no hubiera pasado nada continuó con su tarea.

Terminó la limpieza, se lavó las manos, restregándose las varias veces con la arena del río y se dirigió al caballo. De las alforjas sacó un bulto bien envuelto en manteles de tela de manta, delicadamente bordados por Matilde, en donde traía tortillas de harina. Sacó carne seca, que picó muy finita con su cuchillo de caza, sobre una piedra plana, luego sacó una tortilla de harina e hizo un taco con la carne. Cuando se lo extendió al pequeñito, éste casi se lo arrebató, volteándose y poniéndose en cuclillas para devorarlo. Él sonrió con satisfacción y se sentó a su lado sin decir

nada, observando con cuidado hacia la montaña para ver si alguien los observaba. Luego pensó que si así fuera, habrían tenido tiempo suficiente para matarlo.

Después jaló a los difuntos lo más lejos que pudo, alejándolos del agua. Juntó muchas piedras grandes y los fue cubriendo con ellas. Esta tarea le llevó bastante tiempo. De vez en cuando observaba alrededor y luego miraba al pequeño, que no le perdía pisada. Cuando terminó, se volvió al río para lavarse los brazos, la cara y el cuello, después tomó la prenda seca que le había quitado al niño y la talló entre sus manos para que se suavizara y cuando quedó a su gusto, se acercó a él y se la puso. Luego lo levantó y lo puso sobre la montura y lo cubrió con una manta de lana que traía hecha ovillo. El niño no volvió a hacer el intento de zafarse. El sol empezó a ocultarse y tuvo que ir a un lugar que conocía para resguardarse del frío nocturno y de los merodeadores.

Aquel refugio estaba bien escondido en la ladera de la colina a escasos metros del camino. Lo había descubierto hacia muchos años ya, su tata Santiago, cuando iba a Cananea o a Douglas. Había tenido que hacer muchos viajes antes de adecuarlo. Desde entonces se guardaban ahí algunos bules con bacanora y otros con agua, los cuales se reemplazaban cada vez que sabían que tenían que hacer uso del lugar; también había café, azúcar, harina, sal y unos paquetes de agarros, resguardados en trastes de metal. Tenían utensilios de cocina, cafetera, comal, y otros cacharros viejos. Aquel era un refugio natural seguro y, hasta ese momento, que él supiera nadie lo había descubierto, pues nunca encontraba señales que así lo indicaran. Su abuela Ruth y él lo habían usado en varias ocasiones cuando los halda agarrado la noche de regreso al pueblo.

En una piedra plana puso unas tiras de carne seca y con el mango de su cuchillo de caza las machacó. Luego, en una tortilla metió los pedacitos y se la puso en la mano al pequeñín, que estaba en cuclillas a su lado, observando con naturalidad, sin mostrar desconfianza. Después, se sirvió un poco de bacanora de un bule que sacó de un agujero hecho en el piso, tapado con piedras y le dio un buen trago, luego se hizo un taco y se sentó a comer, recargándose en la pared de roca.

Había llevado el caballo un poco más abajo para que no los delatara, pero lo suficientemente cerca para acudir rápidamente si se acercaba algún depredador.

Su abuelo halda acarreado suficiente arena del río para hacer una cama menos dura que la que ofrecía el suelo de roca. Él puso la silla de montar a un lado de la entrada de la caverna, que quedaba resguardada por irnos arbustos muy frondosos. Para entrar ahí tenía que hacerlo a gatas y con un palo largo en la mano, poniendo mucho cuidado para no llevarse una amarga sorpresa con alguna alimaña. Extendió sobre la arena una manta ligera que llevaba y se acostó, palmeando el suelo a su lado para que el niño se recostara. Como no dio muestras de entender, él se volteó sobre su costado y se hizo el dormido. Después de un rato el pequeño se recostó a su lado, pegándosele. Él sonrió, pero no intentó moverse. Cuando sintió que se había dormido, lo cubrió con la manta de lana.

Todavía suspiraba con aquel recuerdo que tenía aún fresco. Se había traído al mocoso a su casa y desde siempre lo trató como a un hijo. Su mujer lo aceptó sin chistar, ocupándose de él como una buena madre.

Dios sabe sus caminos —se dijo el anciano—, y como a nosotros no nos bendijo con un hijo propio, nos envió a Jacinto, aunque un poco tarde en nuestras vidas, pero dejándonos el tiempo

suficiente pa' que supiéramos lo que es tener tal felicidad —algunas lágrimas de gratitud corrieron por su amigada cara.

La pareja no tenía ninguna queja, había resultado un excelente hijo y estaban muy orgullosos de él. A su vez, el apache veneraba a sus padres adoptivos.

Cuentos de indios y vaqueros

El tesoro de Vitorio

—En una ocasión vino al pueblo un gringo pocho contando que los apaches guardaban un tesoro en las montañas y cuando se le interrogó acerca de cómo se había enterado, un poco amoscado dijo que estuvo de rehén en un campamento apache y que sólo su gran suerte lo había salvado de una muerte segura, pues el gobierno de su país había determinado no negociar más con las naciones indias.

—Cuenta *míster*, cuente con confianza, aquí estamos entre puros amigos, pues —le aseguré mientras le llenaba generosamente su vaso de bacanora. Y le invité varios tragos pa' ver si soltaba un poco la lengua.

—No p's —empezó a imitarlo de forma tartajosa el Ché Vía— cuando joven, hace muchas lunas ya —sonrió estúpidamente, aclaró el anciano interrumpiéndose, tratando de convencernos de que sus expresiones obedecían a su convivencia con los indios—, fui conductor de diligencias, pues era ayudante de un alguacil —continuó la imitación—. Un día, cuando menos pensamos, un grupo de apaches en pie de guerra nos tendió una emboscada. Nos salieron al paso con una algarabía tal, que parecía que se habían salido todas las malas almas del infierno juntas. Emprendimos una carrera desesperada por nuestras vidas. Yo latigaba sin cesar a los pobres caballos, de por sí despavoridos. Aquellos demonios se sostenían en sus monturas tan sólo con las piernas y se valían de ambas manos para usar sus mortíferas armas mientras se mantenían a nuestro lado sin darnos un respiro. Pudimos llegar hasta la estancia de la diligencia, pero ellos no detuvieron su ataque. Finalmente mataron a dos pasajeros y al encargado del lugar; dejaron al alguacil por muerto y se llevaron el cargamento que transportábamos. A mí me hirieron, dejándome sin sentido e inexplicablemente me llevaron con ellos.

—¿Supiste qué grupo era? —le pregunté interesado.

—El de Vitorio —dijo muy seguro.

En aquel entonces se transportaba de todo en las diligencias —continuó—, incluso armas y oro, y para despistar a los bandoleros se viajaba sin escolta. Yo desconocía realmente qué se llevaba en cada viaje, sólo el alguacil lo sabía.

—Si tu familia o tu gobierno no entregó rescate por ti, ¿cómo es que todavía lo estás contando? —le pregunté como no queriendo la cosa.

—No p's, la suerte viejo, nomás la suerte... —sonrió con malicia.

—¡Cuenta, míster, cuente pues, cuente! —lo invité de nuevo, sirviéndole más de nuestra fuerte y vivificante bebida.

—Viajamos sin parar durante todo el día y como yo había perdido mucha sangre, no tuve fuerzas para prestar atención y fijarme por dónde íbamos. Cuando por fin llegamos a su campamento, me llevaron a una cueva, donde me atendieron dos mujeres día y noche —se sonrió—, una de ellas era la hija del propio jefe Vitorio.

Cuando me recuperé un poco, me dijeron que pasé muchos días entre la vida y la muerte. Entonces, tratando de disimular mi angustia, empecé a preguntarles sobre lo que pensaban hacer conmigo. Juanita, la hija de Vitorio, con su manera muy peculiar de hablar mi idioma, me contó

que su padre había mandado a un grupo de guerreros a pedir rescate por mí y me aseguró que estaría a salvo si mi gente respondía como se esperaba. Entendí que si no era así, mi vida no valdría nada.

Sabía de las disposiciones del gobierno de mi país y como no tenía familia rica que respondiera por mí, no dejaba de pensar en la manera de salir de ahí. Cuando mis enfermeras se retiraban a hacer otras tareas, yo vigilaba para descubrir si tenía alguna posibilidad de escape, después de poco tiempo me di cuenta de que la única forma era allegándome la ayuda de alguien. Me las ingenié para ser atento con Juanita, pues parecía no desagradarle. Ella era una niña muy linda y gentil. Se esmeraba en atenderme, sin embargo, yo estaba al tanto de que aquella era una opción muy peligrosa, obviamente, pero era la única que tenía, así que me la jugué a esa sola carta.

Se echó un gran trago, como si aquel recuerdo le doliera —contó el viejo.

—Enamoré a la muchacha engatusándola —continuó el gringo—, diciéndole que cuando viniera su padre le pediría que nos dejara casarnos y que me uniría a su grupo... Cuantas veces podía, le decía que yo pertenecía a una acaudalada familia y que mi padre le daría al suyo todo lo que le pidiera. Estaba desesperado, pues sabía que tenía el tiempo contado.

Ella, por gracia de Dios, quiso creerme. Me contó que Vitorio pronto vendría y que tenía que ofrecerle mi amistad y lealtad incondicional. Además, debía obsequiarle con algo valioso para que consintiera en la unión. El corazón me latía con fuerza al escuchar aquello, no sólo por el miedo de la cercanía de Vitorio, sino porque había llegado el momento de pedirle ayuda.

Fingí mucha tristeza y cuando ella me interrogó, le dije, como agarrándome a un tizón ardiendo, que siendo prisionero no podía ofrecerle nada como dote y que su padre con justicia me rechazaría y que quizá, hasta me mataría por mi atrevimiento. Ella se angustió y trató de convencerme de que hablaría con él. Con falso orgullo le dije que de ninguna manera, que debía ser yo quien hablara con él, pero que antes tendría que ir por los regalos que le ofrecería como dote.

Afortunadamente estábamos en la oscuridad y ella era tan inocente, que no pudo percibir mi ansiedad mientras esperaba a que prendiera la semilla que estaba sembrando. Después de un buen rato, que a mí me pareció una eternidad, la cándida Juanita se dispuso a ayudarme, y no sólo eso, sino que previniendo que mi familia no aceptara nuestra unión, me confió que su padre no requería de gran cosa, pues poseía un gran tesoro.

Tratando de no parecer interesado, le dije que eso era algo que no parecía creíble, que sólo me lo estaba diciendo para que no me preocupara si me faltaban recursos. Supongo que ella, para no herirme en mi orgullo, me dio santo y seña de dónde tenía su gente guardado un gran tesoro, barras de oro, rifles, prendas de vestir, pieles, producto de sus "conquistas" —señaló con ironía.

Después de sacarle toda la información que pude, le pedí que me proporcionara agua, comida y si era posible, un arma, un cuchillo, lo que fuera. Además, esperé a que me dijera cómo salir de ahí sin ser descubierto. Ella misma me acompañó durante un gran trecho. A mí me maravilló su seguridad para orientarse en medio de la noche... Me dejó donde pensó que ya no requería de su ayuda, y para mi fortuna o desgracia, no lo sé, ésa fue la última vez que la vi, dijo el gringo con manifiesto dolor —concluyó José Villa con aquel relato y esperó un momento para que la concurrencia se relamiera con la idea.

—Aquel gringo —continuó cuando lo consideró oportuno —, emprendió su búsqueda del tesoro, pero a mi modo de ver estaba maldito, pues tengo entendido que murió antes de dar con él...

—¿Cómo sabes eso Ché Vía —le preguntó un parroquiano en tono socarrón— acaso te dijo dónde estaba el tesoro y tú lo mataste? —se oyó una carcajada general.

—¡N'hombre —contestó el viejo cuando se callaron—, qué lo iba a matar, su propia ambición lo hizo, pues! Gastó todo lo que tenía haciendo repetidos viajes a nuestra sierra buscando aquella quimera.

Lealtad dividida

—Hay una leyenda india que me contó mi amigo Manito —les dijo en otra ocasión—, uno de los apaches con los que solía ir de cacería de vez en cuando —hizo una pausa y empezó a reír de forma contenida y luego les aclaró—. En realidad, él se llamaba Manuel Rubio, aunque si ustedes lo hubieran conocido, pensarían qu'era pura guasa, porque era bien prieto él.

La historia viene al caso —les dijo ya serio— y me parece bastante adecuada por lo que trata, qu'es acerca del abandono de nuestra propia gente y quizá también, de la lealtad o peor aún, del ignorar hada quién debes dirigirla, pues.

Cuenta la historia que un grupo de siete jóvenes guerreros Comanches descubrió un *tepee* apache plantado junto a la falda de una montaña. Los guerreros se detuvieron y esperaron a que oscureciera, pa' poder enviar un explorador a que averiguara lo que pudiera.

Esperaron a sentirse seguros y protegidos por la oscuridad y eligieron al guerrero qu'iba ir a explorar. Escogieron a Águila Noble, que se distinguía por su bravura y qu'era reconocido por sus innumerables actos de valor en las batallas, por lo cual era muy respetado.

Él debía verificar si había enemigos en los alrededores y elegir la mejor dirección para atacar el campamento, en caso de que fuera necesario. El resto esperaría su regreso.

Águila Noble partió a cumplir su misión, procurando no hacer ningún ruido. Dando un gran rodeo pa' no dejar sin rastrear ninguna parte. Cuando estuvo seguro de que no había peligro, se acercó a hurtadillas a la tienda. Le extrañó no escuchar a ningún perro, ya que su tribu siempre los tenía en abundancia y con sus ladridos les avisaban si se acercaba alguien.

Con mucho cuidado se asomó por la pequeña abertura de la puerta y vio sentadas dentro a tres personas. A la derecha del hogar se sentaban un hombre y una mujer ya ancianos, y en el asiento de honor, frente a él, estaba una hermosa joven.

Águila Noble había enviudado tiempo atrás y hasta entonces no había pensado en volver a casarse, pero al contemplar a aquella hermosa muchacha, se prendó d'ella. Luego de observarlos por un buen rato, se quitó las cartucheras y el cuchillo y los dejó junto con su fusil a un lado del *tepee*. Con audacia se metió a la tienda y obviamente sorprendió a sus ocupantes, que se levantaron di'un jalón, preguntando en su lengua qué quería. El joven sin contestar, se instaló a un lado del anciano y cuando éste, dándose cuenta de que el guerrero aquel no deseaba pelear, se sentó de nuevo. Águila Noble entonces estrechó su mano, luego la de la anciana y por último la de la joven. Después tomó asiento junto a ella y se quedó sentado nomás, sin que ninguno dijera nada.

Por fin, el guerrero le dijo al anciano lo mejor que pudo, que su esposa había muerto hacía ya cinco inviernos y quistaba ahora solo y que al mirar a la joven sentada a su lado, había deseado casarse con ella y le ofreció que si consentían, los acompañaría a su aldea y se quedaría a vivir con ellos. Al parecer el anciano le entendió perfectamente.

Después, Águila Noble le explicó por señas que había una partida de guerreros comanches esperando a poca distancia, así que de inmediato y en silencio prepararon los caballos pa' marcharse, levantaron la tienda y partieron en la dirección por donde habían venido.

Sus amigos comanches esperaron toda la noche y cuando los primeros rayos del sol les mostraron la desaparición del *tepee*, creyeron que habían sido descubiertos y que a él le habían dado muerte, así que se apresuraron a regresar al refugio, donde s'encontraba su gente.

Los apaches y Águila Noble viajaron todo el día y cuando oscureció subieron una gran montaña y desde arriba miraron al otro lado un numeroso campamento. El joven guerrero pudo ver que se extendía bastante en las riberas de un arroyo. El anciano le indicó por señas que esperara con las dos mujeres, mientras él bajaba al campamento y preparaba a su gente pa' recibir en su aldea a un enemigo.

Como él diera signos de entender, el viejo emprendió el recorrido sobre su caballo y cuando llegó al campamento se metió al *tepee* más grande de la aldea. Desde dond'estaba, el joven pudo ver a los hombres reunirse en tomo a aquella gran tienda. La multitud se hada cada vez más numerosa. Finalmente, vio que salieron todos y algunos se dispersaron, pero otros montaron sus caballos y se dirigieron hada donde ellos esperaban. Al llegar, los rodearon y luego con señas, dirigiéndose a él lo invitaron a que los acompañara. En el trayedo los guerreros iban cantando y galopando a su alrededor.

Ya en la aldea entraron al gran *tepee* y le indicaron que ocupara el asiento de honor. Como entre ellos había un hombre que entendía y hablaba bien la lengua de los comanches, enviaron a buscarlo y por mediación suya le tomaron juramento de alianza y lealtad.

Después d'esta ceremonia, le entregaron a la joven como esposa y le obsequiaron muchos caballos pintados y adornados pa' la ocasión.

Águila Noble vivió durante dos años con el grupo apache al que pertenecía su mujer. En todo ese tiempo tuvo que luchar en cuatro batallas contra los Comanches, su pueblo; sin embargo, en ninguna d'ellas llevó armas, sólo un palo largo de mezquite o de palo fierro para derribar a los guerreros rivales.

Con el tiempo y aprovechando que transcurría una época de paz. Águila Noble decidió visitar a su propia tribu, planteándose así a su suegro, qu'era un gran jefe y quien de inmediato mandó a avisar por toda la aldea que su yerno iba a visitar a su gente y que pa' demostrarle su buena voluntad y respeto, le entregaran caballos pa' que se los llevara como presente a su tribu.

Se recogieron entonces algunas manadas y se seleccionaron los caballos que Águila Noble y su esposa llevarían consigo. Cuando estuvo preparado pa' iniciar el viaje, eligieron veinte jóvenes pa' que los acompañaran. Ellos llevaron los caballos, doscientas cabezas en total, hasta llegar a una jornada de la aldea comanche. Ahí, por no saber lo que podía pasar. Águila Noble les mandó regresar a su propia aldea.

El gran guerrero fue recibido como si regresara d'entre los muertos, pues todos estaban seguros de que lo habían matado aquella noche que había ido a reconocer el campamento apache. Celebraron su regreso con un gran banquete y con danzas, repartiéndose los caballos entre los jefes de la aldea.

Durante un año permanecieron él y su esposa en la aldea Comanche, hasta que un día decidió regresar con el pueblo d'ella. Al informarles su decisión a los jefes, ellos con tristeza los dejaron partir, pero al igual que sus enemigos, les entregaron muchísimos mantos, vestidos, gorros de guerra, mocasines y una gran manada de caballos pintos, pa' corresponderles. Él se despidió entonces de su pueblo pa' siempre, diciendo:

—Nunca más volveré, pues he decidido vivir el resto de mis días con el pueblo de mi esposa.

Al llegar a la aldea apache, encontró a su suegro moribundo y irnos días después de su muerte. Águila Noble fue nombrado jefe y tomó su lugar.

Después de mucho tiempo tuvo que participar en otras batallas contra los Comanches y en el desarrollo de la tercera de éstas, murió peleando. Su pueblo adoptivo lo transportó amorosamente a su campamento, y el duelo por aquel guerrero que acudía sin armas a la batalla, fue muy grande.

Así acabó uno de los guerreros comanches más valientes que haya quitado la cabellera a un enemigo y que, por amor a una mujer, abandonó el hogar, a sus parientes y amigos y que murió en el campo de batalla a manos de su propia tribu —dijo el anciano, mirando circunspecto a su público.

'Hora que ya conocen la leyenda de Águila Noble, les contaré que la enemistad entre los apaches y los comanches venía de antaño, de cuando estos últimos emigraron desde las Montañas Rocosas hasta el sur de las grandes praderas de los Estados Unidos, de donde ahuyentaron a los apaches y dominaron toda esa área por muchísimo tiempo. Esta tribu fue llamada "comanche" por los españoles y según esto quiere decir "camino ancho", supuestamente por su capacidad de movilización, pero lo mismo se pudo haber dicho de los apaches, digo yo —levantó los hombros—, sin embargo, fue a aquéllos a los que se les nombró así.

Al igual que los apaches también se dedicaban al pillaje, como una manera de mantener alejados a los hombres blancos. Vivían en *tepees* y su descendencia se seguía por la línea paterna, a diferencia de los apaches, cuya descendencia se seguía más bien por la línea materna. Ellos creían en las visiones y en los espíritus de animales, que al igual que todas las tribus americanas, estaban ligados a su existencia, ya que dependían d' ellos pa' vivir.

Enseñanza india

—Ellos tenían su forma muy especial de enseñar a sus niños y a sus jóvenes, como ya les dije —señaló el Ché Vía—. Conozco otra leyenda en donde una pareja de jóvenes enamorados le piden al chamán de su tribu que les diera algo mágico pa' seguir unidos pa' siempre.

—Nos amamos... —dijo el joven guerrero Lobo Gris.

—Y como nos queremos tanto, nos vamos a casar —dijo ella, viendo con ojos de ilusión a su prometido—, pero tenemos miedo de que algo suceda y nos separe, así que queremos un hechizo o alguna cosa que nos asegure que estaremos siempre juntos, uno al lado del otro, hasta la muerte.

—Ayúdanos Gran Hechicero —le pidió Lobo Gris—, ¿existe alguna forma en que podamos lograrlo?

El chamán los miró por largo rato y sonrió comprensivo, pero estaban tan enamorados y anhelantes esperando su palabra, que no le quedó más remedio que darles una respuesta al alcance de sus conocimientos.

—Mmmh, sí —les dijo—, hay algo... —adrede guardó silencio por un rato—, pero no sé si sean capaces de hacerlo, porque es una tarea difícil de realizar y además, implica mucha destreza y sacrificio.

—Dínos, sabio hechicero, ¿qué tenemos que hacer? —le imploró con ansiedad Lobo Gris, mientras su prometida asentía presurosa.

—Bueno, como es su deseo que les indique un camino para lograrlo, entonces aquí está. Noche Hermosa —le dijo a la joven—, ¿ves aquel monte? —señaló hacia el norte de la aldea—. Deberás subir tú sola hasta la cima —le dijo—, sin más armas que una red y tus propias manos e inteligencia, y deberás atrapar con vida al más hermoso halcón que encuentres —la miró por un rato y como ella esperaba con ansiedad, continuó—. Cuando lo hagas, lo traerás hasta aquí, pero tendrá que ser antes de que transcurra el tercer día después de la luna llena... —le advirtió.

—Y tú, Lobo Gris —se dirigió al joven guerrero—, deberás subir a la montaña sagrada —le dijo señalando hacia el sur —y cuando llegues a la cima, buscarás una águila y la atraparás de la misma manera como le indiqué a Noche Hermosa, sin herirla; entonces la traerás viva ante mí, el mismo día que ella me presente su ave. Así pues, ¡vayan ahora y que el Gran Espíritu los guíe!

—Cuenta la leyenda —continuó el viejo, que tenía intrigado a su auditorio —que la joven pareja se abrazó con ternura para despedirse y luego partió a cumplir con aquella peligrosa misión. Pasaron dos semanas y el día señalado, se presentaron con su carga frente a la tienda del hechicero.

—¿Los mataremos y beberemos el honor en su sangre? —preguntó Lobo Gris intrigado.

—No —respondió el sabio hechicero.

—¿Los cocinaremos y comeremos en su carne el valor y la astucia que poseen? —preguntó Noche Hermosa, tratando de anticiparse.

—No —volvió a responder el hechicero—. Aten una correa a una de las patas de cada animal y luego átenlos entre sí, y cuando lo hayan hecho, suéltelos y déjenlos volar libremente.

Lobo Gris y Noche Hermosa hirieron lo que el sabio les dijo, soltaron sus presas y observaron. Las aves intentaron levantar el vuelo, pero lo único que consiguieron fue revolcarse en la tierra. Después, de intentarlo varias veces con el mismo resultado, arremetieron a picotazos entre sí hasta hacerse daño. Lobo Gris y Noche Hermosa estaban acongojados con aquel desenlace.

—Este es el conjuro —les dijo el hechicero que no dejaba de observarlos—. Jamás olviden lo que vieron aquí. Ustedes son como el águila y el halcón, si se atan el uno al otro, aunque lo hagan por amor, no sólo vivirán arrastrándose, sino que tarde o temprano, empezarán a lastimarse entre sí. Si quieren que el amor entre ustedes perdure, vuelen juntos, pero jamás atados... —dijo por último el sabio hechicero y concluyó así.

Los gemelos malignos

—En aquel entonces había mucha superstición, sí señor. ¡Hasta los más pintados, en su interior, creían en la historia india de los gemelos malignos que se rumoreaba por ahí! —aseguró el Che Vía mientras observaba a los presentes, dejando que sus palabras surtieran el efecto deseado y después continuó satisfecho.

No pues, igual que los indios, algunas gentes creían qu'el nacimiento de cuates traería como consecuencia grandes catástrofes. Algunas tribus que vivían al otro lado de la frontera, mataban al segundo niño que nacía, porque creían que era indicio de malos presagios, ¡quién sabe por qué pensaban eso! —dijo el viejo.

Pero lo cierto es que esa creencia la adoptó la gente de por aquí... —sentenció levantando sus huesudos hombros para reforzar su desaprobación—, quizá por la convivencia tan cercana con los naturales que procedían d'estas tierras, quizá porque nuestra raza por tradición tiende a pensar así, ¡quién sabe!

Lo cierto es que en esas tribus, cuando nacían dos niños, no sólo consideraban qu'era mal agüero y lo solucionaban matando al segundo d'ellos que venía al mundo, sino qu'estaban tan convencidos de su malignidad, que mataban a los dos —aseguró el anciano dando muestras de contrariedad—. Además, algunos, no conformes con esta horrible acción, aislaban también a los padres, pensando qu'estaban malditos y que acarrearían problemas a la comunidad, así que pa' ser aceptados tenían que purificarse y debían penar por el tiempo que se les ordenara.

El *Gran Búho* de los apaches, por ejemplo, dios que según su tradición, fue destruido por su hermano gemelo y al que los jefes ancestralmente le rendían homenaje en el momento de tomar posesión de su cargo recitando: *Ahora llevo tu guía, ¡oh Dios descendido de las estrellas Gemelas!* —dijo el viejo, con una entonación que indicaba la seriedad de los jefes al tomar su cargo.

Esto era bien sabido y lo constataban las gentes que estuvieron presentes en esos actos y qu'entendían bien su forma de vida, ¡nada más pa' que se den una idea, pues!

En el caso de Leonor Tizonse y de Ackycha —continuó—, les ayudó que vivieran aquí, bajo la protección de don Mariano Palacios, de no ser así ¡quién sabe qué hubiera sido d'ellos!

Pa' empezar, porque la muerte de su padre y su abuelo pudo haberse atribuido al inminente nacimiento de Ackycha y Uyuyemi, así llamó Leonor al niño muerto —aclaró el viejo—; además, al igual qu'en su leyenda, uno d'ellos murió pa' qu'el otro viviera... Esto también pudo tomarse como mal agüero, ¡pero como con ellos no se podía saber cómo iban a interpretar las cosas, pos...! —levantó los hombros e hizo un gesto con su arrugado rostro, para reforzar ese desconocimiento.

Lo extraño aquí es que su gente no los rechazó —reflexionó —, a lo mejor por conveniencia, debido a sus negocios con el señor Palacios, o quizá, porque entonces no vivían entr' ellos y no los consideraban un peligro para sí, ¡quién sabe, en realidad es un misterio o es obra de Dios! —dijo levantando sus enjutos hombros.

El principio del fin

—Como suele suceder, después de muchos años y uniendo muchos cabos, se supo lo que pasó en realidad aquel desdichado día —dijo el anciano retomando el relato—. Un contingente militar s'encontraba apostado aquí en Bacoachi a petición de los rancheros, según esto pa' defender al pueblo de las constantes incursiones apaches que se habían venido dando. Una de las consignas era capturar o matar a sus cabecillas y entre los oficiales estaba el coronel Fonseca.

Desde el atentado contra don Mariano Palacios, su hija Albita y doña Charo se vinieron a vivir p'al pueblo, pero la muchacha se las ingeniaba pa' pasar la mayor parte del tiempo en el rancho, de donde podía moverse con libertad pa' ver a su hermano de leche.

Doña Charo era muy insistente con ella pa' que aceptara el ofrecimiento de matrimonio del coronel Fonseca, considerándolo el mejor partido de por aquí. La carrera militar era muy bien vista por las familias acomodadas de aquella época —aclaró—, por lo cual, una propuesta matrimonial de un oficial era a lo más que podía aspirar una joven de pueblo como Albita, que a pesar de su posición económica, no tenía la alcurnia de las grandes familias de la capital, como la del coronel Fonseca, que aunque venida a menos, tenía aires de grandeza que ni el hambre le borraba.

Como decía, aquel fatídico día, Fonseca interceptó a la niña Albita a la orilla del río, cuando daba una caminata en compañía de una amiga suya, en mala hora venida de Hermosillo pa' pasar las fiestas de San Miguel. El coronel estaba loco por ella, o más bien encaprichado —recapacité—, porque la muchacha lo ignoraba en sus intentos amorosos. No hacía mucho lo había rechazado en una sonada petición de mano, dejándolo en ridículo y bien ardidado.

Doña Charo había convencido a la joven amiga de su hija de la importancia y conveniencia de qu'el coronel s'encontrara con la niña Albita, así que cuando la amiga lo vio acercarse, inventó un pretexto cualquiera pa' retirarse rápidamente.

Cuando la niña Albita se dio cuenta del ardid, quiso correr pa' alcanzarla, pero Fonseca le cortó el paso con su cuerpo, sujetándole con fuerza los brazos, testigos fueron los soldados. Como la muchacha se sacudió y mostró abiertamente su descontento, éste trató de besarla, pero ella intentó zafarse.

—"La quería hacer suya a la fuerza y obligarla así a casarse con él —le contó en confianza a mi tata Santiago un militar de alto rango, pues conocía al susodicho y lo despreciaba visiblemente.

Lo había pensado muy bien y no se lo calló —dijo el militar—, haciendo partícipe de sus planes a mi sobrino, que formaba parte de aquel regimiento. Había estado relamiéndose la herida de la vanidad y finalmente había llegado a la conclusión de que si lograba lo que quería, mataría dos pájaros de una pedrada, por un lado obtendría su premio con aquella orgullosa mujer, para hacerla sufrir a más no poder cuando ya fuera suya, y por el otro, se haría de su fortuna a como diera lugar, pues era la única heredera de don Mariano Palacios —sentenció con enojo.

Estaban forcejeando y cuando logró tumbarla al suelo, según dijeron los soldados, se escuchó un violento chapoteo en el río, lo que hizo Fonseca detuviera su mala acción.

Contaron que apenas vieron que un indio cruzaba el río a toda velocidad sobre un caballo pinto y se dirigía hacia ellos. Se dio la voz de alarma, pero el coronel ni pudo sacar su revólver, pues una flecha ya le había atravesado el corazón.

La muchacha se levantó de inmediato, sacudiéndose la ropa y se dirigió hada el indio, pero los soldados ya estaban disparándole. Cuando éste la levantó del suelo, fue alcanzada en la espalda por una bala. En ese mismo momento nuestros soldados fueron atacados por el grupo del apache, que cubrió su retirada, matando a algunos de nuestros hombres —concluyó apenado el militar, denegando con la cabeza, según me contó mi tata.

Mucho después se supo que tuvieron que viajar todo el día sin parar pa' alcanzar la sierra y el asentamiento donde s'encontraba su gente, entr' ellos Leonor, con quien contaba él pa' curar a su amada. La muchacha permaneció inconsciente durante todo el trayecto, a pesar de qu'él la sacudía tiernamente pa' que abriera los ojos, dedicándole hermosas palabras de aliento.

Leonor hizo lo qu'estaba en sus manos, lo que sabía que se hacía en esos casos, llenaba la herida con polvo de peyote y lo dejaba reposar pa' luego retirar el remedio; sabía que lo debía dejar ahí durante dos días, según sus tradiciones ancestrales, pero la condición de la muchacha era muy delicada. Después de tres curaciones como ésa, volvió a llenar la herida con polvo de lechuguilla.

—"En esos momentos como nunca —le dijo en una ocasión Leonor a mi nana Ruth —deseé tenerla a mi lado, pa' que compartiera sus valiosos conocimientos curativos y sus poderes conmigo.

Mi niña no se recuperó y poco a poco fue abandonando este mundo —dijo la india con tristeza—. El dolor de m'hijo no tenía límites, rugía como león herido, lloraba y gritaba con una mezcla de locura y rabia infinita, como herido en carne viva, tal como gritarían sus enemigos en el futuro —sentenció ella—. Parecía haberse vuelto loco —lloró— y las mujeres de la tribu llorábamos y algunas desgarraban sus vestiduras, se arrancaban el cabello y se arañaban, como hacía él. La tribu entera se hizo partícipe de aquella demostración de dolor y duelo".

Mientras tanto —señaló el Ché Vía—, en el pueblo se culpaba a los apaches del rapto de la muchacha y de las muertes de aquellos soldados. La amiga d'ella no estaba segura de lo que había pasado.

No se averiguó más, se enviaron unos partes a las comandancias de Hermosillo, Arizpe y Ures pidiendo refuerzos pa' perseguirlos y al grito de "Guerra a muerte a los apaches" se emprendió una cacería de hombres sin precedentes.

Después de la muerte de la niña Albita, mucha gente de por aquí renegó por no haberse atrevido a quitarle la vida *al Alzado*. Se les olvidaba entonces que no fue por falta de ganas, sino por miedo, que no lo hicieron... —señaló mirando duramente a su alrededor, como si entre ellos pudiera encontrar a alguno de los que se atrevieron a plantear tan horrible idea—. En cambio, los apaches se congratulaban de tener un líder de aquellas proporciones, inteligente, astuto, conocedor de la forma de pensar de sus enemigos, ¡aguerrido él, pues!

Algunos comanches que ayudaban a los del ejército a perseguir a sus eternos enemigos, decían que corría el rumor entre su gente de que Alzathe (Ackycha), se había transformado en su hermano muerto, Uyuyemi. Que había sido poseído por él y que por tal razón nunca se cansaba ni mostraba temor. Corría también el rumor de que no dormía ni comía —dijo el anciano dejando que su audiencia asimilara aquello. Cuando vio que se remolineaban en su silla y pedían a Jacinto otra ronda, continuó.

Yo creo que exageraban, la verdad, ¡pero el miedo es canijo y ante la fama del contrincante, p'os más vale agregarle más al tamaño de sus hazañas, creo yo, ¿qué no?! Muchos decían qu'estaba

endemoniado. Los rancheros le temían cual niñitos. No dejaban sus armas por ningún motivo, ni siquiera pa' dormir, primero se olvidaban de la vieja —dijo soltando una fuerte risa cascada y añadió—. Parecía como si de verdá creyeran que aquel apache se hubiera salido del mismísimo infierno.

Y no sólo los rancheros lo creían, no señor, los comanches y los tarahumaras también. Estos últimos decían qu'él les había ocasionado muchos males desde que nació, pero que a raíz de que tomó la forma de Uyuyemi, que según sus creencias, formaría parte de su vida y después d'ésta, la cosa se había vuelto más peligrosa, pues siempre honraría a su hermano mayor con sus acciones —decían—, ése era su destino, su sino. Por ahí se rumoraba que los tarahumaras les temían tanto a los apaches, que en cierta ocasión en que un grupo d ellos se presentó por la sierra de Chihuahua, ellos, fingiendo amistad los invitaron a comer y beber. Los apaches no desconfiaron. Los menospreciaban visiblemente, pues les molestaba su sumisión y el que hubieran pactado la paz con nuestro gobierno, su enemigo común, así que exhibiendo ese desprecio, aceptaron.

El hechicero tarahumara preparó un brebaje con algunas hierbas utilizadas pa' dormir y las mezcló con el *tesgüín*^[6] que les sirvieron.

Como estaban de acuerdo, los de la tribu anfitriona fingían que bebían, esperando nada más los resultados.

Como era de suponerse, los apaches bebieron en exceso y fueron cayendo dormidos uno tras otro. Los tarahumaras los arrastraron en estado inconsciente hasta una cueva, que luego tapiaron con piedra y lodo. Cuentan que cuando los apaches se despertaron y se dieron cuenta de su situación, se pusieron a gritar tan fuerte, que sus gritos se escuchaban por todo el valle, por eso lo bautizaron como *Narárachi*, que quiere decir "el lloradera".

¡Imagínense nada más! —continuó el viejo denegando con su cabeza, apenas cubierta con hilos de cabello gris plateado—. Dicen que de aquellos apaches no se volvió a saber nunca más. Lo cierto es que los tarahumaras aseguraban que la venida al mundo de Alzathe y Uyuyemi (su equivalente en el mundo de los muertos), había sido producto de aquella traicionera acción, por la cual después tuvieron que pagar el altísimo precio que aquí les voy a platicar.

El anciano pidió a Jacinto que les sirviera de una vez una ronda de lo que estuvieran tomando, para que no se distrajeran y luego estuvieran preguntando a sus vecinos e interrumpiendo la narración. Mientras, sacó un cigarro, lo encendió y expeliendo con delicia el humo, esperó a que todos estuvieran atentos.

—Cuando los gobiernos de Chihuahua, Coahuila y Sonora —empezó a decir—, cansados de las incursiones apaches en sus territorios, ofrecieron recompensas por cada cabellera suya que trajieran a los cuarteles o presidios instalados en cada región, muchos aventureros nacionales y extranjeros se dejaron venir a una cacería de hombres, ¡que pa' qué les cuento!

Como no se podía distinguir entre una cabellera y otra, ¡pues se vinieron a lo facilito! y presentándose en los mismitos asentamientos tarahumaras de la sierra, sin distinción de sexo o edad, arrasaron con ellos. Pasó algo de tiempo pa' qu'en la capital s'enteraran d'este desastre, y fue hasta entonces qu'el presidente mandó al ejército, pa' meter en orden a los encargados oficiales d'estas entidades.

Aunque, se decía por ahí que la presencia del ejército se debía más bien a que con seguridad habían llegado a oídos del gobierno federal los run-runes de las negociaciones entre las autoridades d'estos estados del norte con los gringos, pa' anexarse a ese país... Hasta creo que hubo algunos arrestos por esta causa.

El caso es qu'el gobierno federal intervino, después de varios meses de haber empezado aquel horrible crimen y que sólo paró por medio de la fuerza y hasta hubo que colgar a irnos pocos como escarmiento. Además, el gobierno central obligó a las autoridades estatales involucradas, a compensar a esta pacífica tribu, concediéndoles más territorio y dominio absoluto sobre él, así como abastecimiento de cobijas, ropa, semillas, enseres pa'l cultivo, reses y una qu'iotra mula de las que se usaron p'a subir todo esto.

Los tarahumaras quedaron muy resentidos y a pesar de que aceptaron aquellos tributos del gobierno pa' resarcir los daños, fue imposible pa' sus líderes evitar que su propia gente admirara a aquel enemigo suyo y aunque Alzathe nunca se acercó a esa comunidad, manifestaban abiertamente que desearían llegar a ser como él.

La sorpresa

José Villa, recostado en su camastro, se puso a hacer recuento, como pudiera hacerlo un avaro, de algo que atesoraba para sí, algo que sin buscarlo había llegado a él durante su último viaje a Hermosillo, motivado por la boda de Manuel Ventura, un sobrino de Matilde, su señora.

Cerrando los ojos empezó a hacer memoria. Cuando su joven amigo Paco Valencia supo que necesitaban un conductor que los llevara a Hermosillo, él mismo se ofreció, pues tenía que hacer allá unos negocios de su rancho.

Les había tomado día y medio llegar a la capital, ya que era época de lluvias y las grandes crecidas de ríos y arroyos habían dejado muy dañados los caminos, incluido el camino real. Este hecho hizo que Matilde se pusiera enferma con tanto zangoloteo y que su joven amigo tuviera que hacer varias paradas forzosas pa' que la pobre echara las tripas y tomara un poco de aire pa' poder continuar —rió entre dientes—. Pasaron la noche en Lnuris, en la casa de irnos compadres y se abastecieron de café, semitas y queso cocido pa'l camino —se le hizo agua la boca y rió para sus adentros.

Lo bueno fue que Paco les tuvo mucha paciencia —pensó—, al grado de que, cuando llegaron a la casa de Manuel, lo llevó al dispensario médico, apostado por la calle Serdán, pues se puso malo de un fuerte dolor estomacal —denegó con la cabeza para reprobarse a sí mismo.

Paco Valencia, era nieto de Nacho Valencia, aquél que había atentado contra don Mariano Palacios, pero ni modo —se dijo sacudiendo la cabeza—, ¡el chamaco qué culpa tiene, pues!

Recordó entonces que Matilde no dejaba de recriminarle por haber engullido tanta quesadilla con tortillas gorditas y café negro, pero él, haciéndose el desentendido, la ignoraba y les decía con disimulo "nomás me llevan con el do'tor y ahí me tiran".

Paquita lo llevó al dispensario médico y se quedó en la salita de espera. Lo pasó una monja muy amable, que le ayudó a recostarse en un catre y luego, mientras lo atendía le hada preguntas sobre sus particulares, anotando lo que él le decía. En eso estaban cuando escuchó la voz de un hombre que le preguntó a ella por el enfermo.

Él tenía cerrados los ojos y cuando los abrió, no pudo evitar sobresaltarse. Frente a él tenía la viva estampa de Ackycha Tizonse (Altzathe) en su juventud, tal como lo recordaba, quizá más alto.

Mientras el doctor leía lo que escribió la monja, él pudo observarlo bien. Llevaba encima de su ropa una bata blanca de manta y una cometa de auscultación en el bolsillo. Vestía pantalones téjanos y calzaba zapatos de cuero crudo a la usanza de los campesinos del sur del estado y su porte era muy digno, orgulloso.

No lo podía creer, pero en estas cosas di'hombres —se dijo en aquel momento, riendo para sí por utilizar esta forma de expresión—, poco se sabe. Después de revisarlo con detenimiento, el doctor le hizo algunas preguntas a las que él, distraído por los recuerdos que se le agolpaban, respondía con parquedad.

—¿De dónde es usted don José?

—De Bacoachi...

No pudo dejar de notar que el joven tardó un momento en escribir aquel dato y después le hizo otras preguntas.

—¿Su nombre completo es...?

—José Villa Cuevas, pa' servirle.

—Gracias —dijo mientras escribía—. ¿Vive aquí?

—No, todavía vivo allá... Llegué hoy, pa' la boda di'un sobrino político, que vive aquí a la vuelta...

El joven asintió amablemente, con una sonrisa apenas dibujada. Entonces le preguntó acerca de lo que había comido, de si tomaba algún medicamento, entre otras cosas, que a su parecer eran importantes. Luego lo auscultó nuevamente. Él no se pudo aguantar las ganas de preguntarle.

—Usté, ¿cómo se llama do'tor?

Cuando terminó de escribir en su cuaderno le contestó con amabilidad.

—Mariano... Mariano Palacios, para servirle —respondió sonriendo, tendiéndole la mano amistosamente.

Él tomó aquella mano, sintiendo que le daba un fuerte vuelco el corazón, ¿acaso era, como parecía, descendiente de Alzathe? —se preguntó—. ¡No daba crédito! Sin quitarle el ojo de encima, guardó silencio por largo rato, para dejar que el joven médico lo siguiera revisando, pero ¿por qué llevaba el nombre de don Mariano?

Era muy apuesto, sí —pensó, en aquel momento, observándolo detenidamente—. Tenía aquellos característicos ojos amarillos que resaltaban todavía más, bajo las espesas cejas negras. Casi no tenía bello en su cara y su piel estaba bronceada, como si viviera al aire libre. Tenía la nariz chata y un poco ancha y los labios ligeramente gruesos. Algo muy notorio era su mirada franca, veía directo a los ojos y hacía que su interlocutor se sintiera chiquito —se dijo en aquel momento.

—¿Acaso es familiar de don Mariano Palacios, originario de allá de mi tierra? —le preguntó un poco turbado.

—¿Lo conoció usted? —le preguntó a su vez, mirándolo con detenimiento.

—Psss... sí, podría decirse que sí...

El médico sonrió y asintió.

—Era mi tata.

—¿Su tata?! —casi gritó, sorprendido—. ¿Entonces don Mariano tuvo más hijos?

Notó que el joven se estaba poniendo intranquilo con aquel interrogatorio. Sin embargo, le contestó franco.

—Si usted conoció a mi tata Mariano, quizá también conoció a mi familia... —le dijo—. Mis abuelos eran apaches. Ella se llamaba Lozen Anitsutsa y él era un guerrero al que se le conoció como Alzathe —respondió sin ninguna muestra de contrariedad.

Guardó silencio, conteniendo la respiración, después de escuchar aquello, no cabía en sí de gozo —incluso todavía, al recordar, sentía el mismo placer, y le dio gracias a Dios por permitirle vivir, aunque fuera de aquella manera, para ver a un descendiente de aquel gran hombre.

—Su abuelo fue muy amigo de mi padre... —le dijo él con un poco de ansiedad, apretándole el brazo.

—¡De veras! —se sorprendió el muchacho—, ¿cómo así?

—Es una historia muy larga do'torcito, pero con mucho gusto se la contaré cuando me sane usted, ¿qué le parece? —le dijo con una risita cascada y traviesa.

El médico asintió aparentemente no muy convencido.

—¿Cuánto tiempo se quedará en la ciudad?

—Sólo el necesario, claro que si me tengo que quedar pa' que me atienda, p'os... —levantó los enjutos hombros.

—Está bien don José, le vamos a tomar unas muestras y se irá luego a casa. Le voy a preparar remedios para su malestar. Debe cuidar lo que come y bebe, por favor —le recomendaba mientras garabateaba algo en una carpeta—. La madre Consuelo le va proporcionar el medicamento.

—¿Medicina apache, acaso? —enseñó sus desgatados dientes al sonreír.

El joven asintió con la cabeza.

—Algo así don José —sonrió al entregarle la hojita garabateada—. Me gustaría que viniera a verme antes de irse, ¿qué le parece?

—Lo haré do'tor, claro que lo haré —le aseguró, levantándose trabajosamente del catre, ayudado por el joven galeno. En el cuarto contiguo lo esperaba Paco Valencia..

Al día siguiente se llevó a cabo la boda de Manuel. Después de la misa en la Capilla del Carmen, tuvieron una fiesta en el patio de la casa de la novia, pegada a la pera del ferrocarril. Él y Matilde se sentaron a disfrutar de los deliciosos pastelillos de hojaldre que sirvieron, d'esos rellenos de dulce de leche, espolvoreados con azúcar y canela. Se conformaron con ver bailar a los invitados más jóvenes —recordó—. Sin embargo, como en muchas ocasiones, él se sumió en sus pensamientos.

Tan ensimismado estaba que ni notó que alguien se había acercado, hasta que sintió que le sacudieron el brazo y se vio obligado a abrir sus cansados ojos. Era el doctor Palacios. Su gusto fue enorme y de inmediato le pidió que se sentara a su lado, en el lugar que Matilde había dejado poco antes, cuando se levantó para ayudar a servir el pastel de boda.

—¿Cómo está don José?

—Bien do'torcito, bien... Esperando que llegue mañana pa' ir a verlo.

—¡Ah, ¿sí?! Pues yo también quería verlo a usted, fíjese... —rió mientras lo decía—. ¿Qué le parece si vamos al dispensario a dar una vueltecita? Así aprovechamos para tomamos un café con bizcochos de bellota y nos echamos una platicada.

—¿No 'ta muy lejos, oiga? —preguntó con preocupación.

—Bueno, para ir a pie sí está lejos, pero lo voy a llevar en automóvil, ¿qué tal? —le preguntó sonriendo.

—¡Ah, si es así, p'os vamos! —contestó mientras hada el intento por levantarse.

* * *

Cuando llegaron al dispensario, el doctor lo instaló en un cómodo sillón de su habitación, mientras iba a hacer una corta ronda. Mientras tanto, él no podía creer en su suerte ¡y pensar que no tenía

muchas ganas de asistir a la boda —se recriminó—, nomás había aceptado por darle gusto a Matilde, que afanaba tanto con él, ¡pobrecita!

Cuando regresó el galeno, venía acompañado por una monja que traía una charola con dos tazas y dos platitos, una cafetera hirviente con el asa envuelta en un grueso agarrador y irnos bizcochos calentitos en una canastita —hasta se le hacía agua la boca recordando, sonrió—. Instaló todo en una mesa de madera y los dejó solos.

El joven lo ayudó a acercarse y luego se sentó a su lado, sonriendo.

—Así que conoció a mi tata Mariano, don José —le dijo.

—Pos sí, sí lo conocí... —dijo, mientras que en su mente los recuerdos le revoloteaban.

—¿Conoció también a mis abuelos?

—Tengo un vago recuerdo de su abuelo, ¿sabe? —hizo una pequeña pausa—, de cuando él era joven. Más que nada, conozco lo que mi padre alcanzó a contarme... y lo que mis abuelos y la gente del pueblo decían d' él.

—¿Y por qué no me cuenta? —le pidió interesado, mientras le servía una humeante taza de café y le acercaba el platón con los bizcochos.

—Su abuelo y mi padre eran muy amigos, ¿sabe usted? —dijo, después de sopear un bizcocho y saborearlo con deleite—. Salían a cazar juntos con su tata, don Mariano. Pero el recuerdo más vivo que se me viene a la cabeza es de cuando era yo muy chiquito. .. ¡Todavía vivía mi papá! —guardó silencio por un rato, tomó un sorbito de café, "pa' mojarse el gaznate", se dijo y sonrió con esto último.

Aquel día —continuó—, mi nana Ruth me llevó con ella pa' llevarle semitas y leche a don Crucito Maldonado, un viejito questaba solo y enfermo. Don Cmdto vivía en la orilla del pueblo y pa' regresar a la casa tuvimos que bajar y caminar por la orilla del río y salir un poco al camino. En el trayecto, nos encontramos con una conocida de mi nana y nos detuvimos a saludarla. Ellas se pusieron a echar la platicada y yo, creo que pasaba apenas los cuatro añitos —aclaró—, me solté de la mano de mi nana y me crucé hasta la mitad del camino pa' juntar piedritas ¡así son los mocosos, pues, y yo no fui diferente!

Hasta ese momento había estado todo muy tranquilo, pero en menos que canta un gallo, se escuchó tremenda gritería, al mismo tiempo que el inequívoco ruido que hace una estampida de caballos. Recuerdo haber oído el grito de mi nana, pero la indiada ya estaba encima. Ni siquiera reaccioné, ¿usted cree? —preguntó sin esperar respuesta.

Estaba todavía en cuclillas y apenas levanté la vista pa' ver encima de mi cabeza las amenazantes patas delanteras de un hermoso caballo pinto, cuyo jinete lo obligaba a mantenerlas arriba, haciéndolo caminar a la zaga con las traseras. El indio lo hizo cabriolar ahí mismo y retorcerse pa' quedar atravesado en el camino del resto de la caballada apache. ¡N'hombre, imagínese, nomás!

Se inclinó hasta donde yo estaba y me levantó hasta él, manteniendo el equilibrio mientras su caballo se remolineaba inquieto. Me sostuvo hasta que pasó toda la caballada y después me llevó hasta donde estaba mi nana, depositándome cerca d'ella. A pesar de la cercanía de sus perseguidores, se mantuvo inclinado en su caballo por un instante, me pasó la mano libre por las

greñas, sacudiéndomelas, a la vez que me decía en nuestra lengua, casi con cariño, se lo puedo jurar:

—"José, hijo de Miguel Villa... —rápidamente se sacó un collar de la cabeza y me lo puso, mientras decía—, que el Gran Espíritu te cuide y te conserve mucho tiempo".

Recreando en su mente aquella escena, guardó silencio por largo rato.

—Todo pasó muy rápido, pero pa' mí fue una eternidad —continuó—. Como mi nana estaba ahí, también lo escuchó y se lo contó a mi padre. Antes de irse, ya bien montado en su caballo, Alzathe inclinó la cabeza hacia mi nana con cortesía y luego emprendió la huida, seguido muy de cerca por los soldados. Todo lo recuerdo como en sueños, pero siempre me lo guardé pa' mi solo... hasta hoy...

—Gracias don José —le dijo el médico con emoción.

—Cuando mi padre vio el collar que su amigo me había regalado, dijo con tristeza: "Ackycha está resignado a su suerte".

Después le contó casi todo lo que sabía, interrumpiéndose sólo cuando el médico le pedía más detalles o cuando comía y bebía. Llegó la noche y él ya estaba muy cansado, así que decidieron terminar aquella conversación al día siguiente, que era domingo. Además, el muchacho le prometió contarle sobre su familia. Al él se le hizo agua la boca con aquello, así que dejó que lo encaminara despacito, hasta la casa de su sobrino.

* * *

Se despertó muy temprano, pues clarito sintió que lo sacudieron, y pensando que era Matilde, abrió ligeramente los ojos. Entonces vio a una mujer tremendamente blanca diciéndole que ya era hora.

—¡Ay, canija huesuda —dijo entredientes—, aunque te presentes tan llenita, no me engañas, ¿eh?! Ya lueguito qui' hable con el do'torcito..., ya lueguito, lueguito te llevas este cascajo —repitió nervioso mientras intentaba sentarse—. No me importa morir —le dijo, haciendo un gran esfuerzo para bajar las piernas del catre—, ¡pero no quiero hacerlo hasta no hablar con el do'tor, pues!

Entonces, ayudándose con su bastón se sentó y luego, con muchos trabajos se puso de pie y salió pausadamente al corredor y se sentó en un gran sillón de madera, pintado de forma alternada de rojo y blanco.

Gradas a la huesuda —reflexionó en ese momento— pude ser testigo del perfumado amanecer d'esta calurosa dudad.

A las siete escuchó que tocaron el aldabón del zaguán. A la tercera llamada, acudió presurosa, amarrándose el mandil, una de las criadas de la casa. Era el doctor Palacios que venía a ver a don José, le dijo ella a Manuel, quien acudió a la llamada en bata, con cara de sueño y las greñas enmarañadas —sonrió con el recuerdo—. Su sobrino, un poco turbado, asintió y le pidió a la mujer que lo pasara.

—¿Se siente mal tío? —le preguntó de lejos cuando lo vio.

—Sólo un poco —le mintió ladino y disimuló una sonrisa por su travesura—. El do'tor me va llevar al dispensario, ahí vamos a estar.

Manuel asintió como autómeta y le pidió a la criada que acompañara a su tío al zaguán, retirándose tranquilamente a sus habitaciones.

Caminaron lentamente por la inactiva acera hasta llegar al dispensario.

—¿Aquí vive do'tor? —le preguntó curioso, señalando el edificio. El joven sonrió.

—No, don José, vivo aquí cerca —dijo el joven señalando hacia su espalda—, hacia el Cerro de la Campana, en una casona muy vieja —recalcó, denotando su antigüedad con la entonación que le dio a estas dos últimas palabras—, que era de mi tata.

Después de engullir un delicioso desayuno de huevos revueltos con machaca, frijoles refritos, queso blanco fresco, tortillas de harina recién hechas y café con leche, se instalaron en sendas poltronas en la terraza del dispensario.

—Seguramente tiene curiosidad por saber por qué llevo este nombre, ¿no?

—Psss, ¡sí, la verdad, me pica la ansiedad...! —admitió, provocando la risa de su interlocutor.

—La única hija de mi tata murió y él quedó devastado —empezó a decir—. Más aún porque su protegido se había convertido en prófugo de la ley a causa de esto. Por Leonor supe que mi tata siempre tuvo la esperanza de que jamás le echaran mano, por lo menos, no con vida.

Después del atentado que sufrió a manos de sus vednos, mi tata quedó muy delicado y por eso su hija lo trasladó a Texas, para que el doctor Harry Williams lo ingresara en su casa-hospital y le brindara la mejor atención. Tengo entendido que el traslado lo realizó con el mayor secreto, pues no querían que se supiera que había sobrevivido.

—El do'tor Williams era mi bisabuelo, ¿sabe? —señaló el viejo con visible orgullo.

—Sí, lo sé —dijo el doctor sonriendo complacido y acto seguido prosiguió con su relato.

Mi tata Mariano era muy fuerte don José, y amaba su tierra y a su gente, independientemente de que hubiera sufrido aquel atentado. Quería volver y hacerse cargo de todo, pero los acontecimientos le ganaron con la muerte de su única hija.

—¿Qué fue de doña Charo y doña Cuca, la suegra de don Mariano? ¡Perdóneme do'tor, pero siempre he sido muy argüendero, pues! —dijo, provocando una comprensiva sonrisa en el joven.

—Tengo entendido que ambas murieron en un sorpresivo ataque apache sobre Bacoachi—, respondió levantando los hombros, como para denotar que no estaba seguro.

—Sí... A lo mejor es cierto —dijo él—, recuerdo que mis abuelos y yo habíamos ido pa' los Estados Unidos por medicamentos y algunos cuadernos de medicina que mi bisabuelo, el do'tor Williams, le tenía reservados a mi nana Ruth. Fuimos todos, sí... —dijo tomando distancia en sus recuerdos, pero luego continuó entusiasta—. Ahora recuerdo que nuestra casa ni siquiera fue tocada, ¡fíjese! Si acaso sufrió un poco de daño fue en los establos, porque se vino el fuego de las casas vecinas, pero en general fuimos los menos afectados.

—Después de lo que me ha contado, no me extraña —dijo el joven—. Leonor me contó que mi tata Mariano volvió a Bacoachi sorprendiendo a muchos, que lo daban por muerto.

De inmediato puso a trabajar a sus empleados en la reconstrucción del pueblo. Aunque permitió que se refugiaran en sus propiedades algunos apaches pacíficos que habían tenido que salir en estampida de ahí, porque los querían colgar. La gente se contuvo gracias a él, y creo que finalmente aceptó aquello debido a que reinaba la conciencia general de su gran pérdida, sin contar con que les estaba haciendo tanto bien.

Después de que volvió, pasó muchísimo tiempo antes de que se presentara de nuevo ante él su protegido, mi abuelo, el temido Alzathe.

Llegó una noche al Cilantrillo, a una hora en que la vigilancia del rancho estaba muy relajada. Sólo mi tata Mariano y Leonor supieron de su presencia ahí. Traía un bultito de fina piel entre sus brazos y se lo entregó a la emocionada Leonor, después de abrazarla fuertemente. Luego, le pidió con humildad a su antiguo protector que ahora velara por su hijo.

Lozen Anitsutsa

—Aquel niño era mi padre don José —le aclaró el joven con los ojos llorosos— y fue adoptado por mi tata Mariano. Lo llamó Sebastián, dándole su apellido y por ende, también a mí.

—¿Altzathe se unió a una mujer apache? —le preguntó curioso.

—Sí y no —respondió el doctor—. Lozen fue raptada por los comanches, arrancada del seno familiar de un rancho mexicano y vendida después a los chiricahuas.

Era una gran guerrera —aseguró—. Trajo a mi padre al mundo en el transcurso de una porfiada persecución, después de haber participado en una sangrienta batalla. Según cuentan, su grupo fue acosado por el ejército norteamericano a través de Texas, hasta que finalmente, después de semanas, lograron darles alcance.

Durante el combate, ella quedó aislada de los suyos, pero un joven guerrero herido, se percató de su situación y logró con grandes trabajos llegar hasta ella, obligándola prácticamente a montar en su caballo, dándole apenas el tiempo justo para emprender la fuga antes de caer abatido por sus enemigos.

Leonor me contó que Lozen fue perseguida por los soldados durante todo el día y que en el trayecto rompió la fuente, empezando el proceso del parto. A pesar de ello se las ingenió para llegar hasta sus sagradas montañas. Bajó del caballo, doblándose por el dolor y cuando se recuperó, de un manazo lo espantó, en un intento desesperado por engañar a sus perseguidores.

Llegó hasta una cueva y a pesar de la cercanía de sus enemigos, pudo traer al mundo a mi padre y ocultarlo, no sé cómo. Se quitó una de las enaguas que llevaba y lo envolvió en ella, dejando a su retoño ahí para intentar salvarlo —el joven guardó silencio, respirando con dificultad por la emoción.

Mostrando un valor indiscutible —continuó—, salió a la vista de los soldados, que habían regresado a buscarla cuando descubrieron el engaño. Los alejó del lugar, pero la persiguieron sin tregua.

Los miembros de la tribu contaban con orgullo y emoción esta hazaña, como muestra de lo que puede hacer un guerrero chiricahua a pesar de su debilidad. Contaban que ella astutamente se escondía durante el día y avanzaba de noche, se escondía de nuevo y volvía a avanzar y así durante días. Sus movimientos fueron furtivos y astutos. En su accidentado trayecto robó caballos en algunos ranchos sin ser detectada, utilizando su don, la magia del caballo...

—¡A chirrión! —se sorprendió—, ¿y eso qu'es?

—Los apaches estaban convencidos de que ella poseía la magia del caballo, como decían ellos —le explicó—, es decir, el don de dominarlos y atraerlos sin problema, lo que la hizo muy aficionada a robarlos, por cierto, proporcionándole más fama y haciéndose más necesaria para su pueblo.

Cuentan que en aquella ocasión salió ilesa de una tupida balacera —retomó el relato—. También se supo que robó un novillo, lo descuartizó a cuchillo limpio para alimentarse, haciendo luego un envase con el estómago del animal para guardar agua.

Cuando por accidente, un soldado de la caballería le dio alcance, lo degolló, quedándose con el caballo y sus provisiones, rifle y pertrechos. Con esta cabalgadura logró llegar a Nuevo México

y despistar a sus perseguidores. El grupo de Altzathe la alcanzó en la frontera y se vinieron a Sonora, internándose en nuestro estado para juntarse luego con el resto de su tribu, instalada en la sierra, cerca de Agua Prieta.

Desde que se inició aquella persecución, Altzathe, acompañado de su gente, siguió su rastro dando muerte a cuanto uniformado encontraba a su paso. Gracias a esto fue que pudo encontrar a su hijo recién nacido, por lo que decidió mandar a su grupo tras Lozen y sus perseguidores, para llevar a mi padre Bacoachi —dijo con emoción.

Viajó completamente solo para salvar a su único descendiente. No cabe duda de que era muy inteligente y de que sabía perfectamente lo que hacía —señaló con orgullo—. Supongo que confiaba plenamente en la capacidad de su mujer para defenderse o aguantar, o quizá, sabía lo que Lozen había pretendido al dejar a la criatura, resignándose a la suerte que les deparara el destino.

Ella logró llegar a salvo, pero los que la vieron decían que había quedado muy debilitada para siempre y que a pesar de ello había peleado valientemente su última batalla, en aquella sonada emboscada que les tendió el ejército mexicano en la zona montañosa de Batepito, entre Janos y Fronteras, que era uno de los pasos principales que utilizaban los apaches para ingresar a nuestro estado.

Este campamento fue atacado mientras sus jefes, entre ellos Jerónimo, habían ido a comerciar a Janos. Las mujeres apaches contaban con tristeza que no obstante su debilidad, ella había causado algunas bajas al enemigo, que finalmente la vencería.

Aquella matanza no trajo más que desventuras para todos, pues durante la misma, fueron asesinados y mutilados los tres hijos de Jerónimo, junto con su madre y su esposa. Este crimen le atrajo la simpatía de más grupos apaches y le facilitaron un poder de convocatoria jamás visto con otro jefe. Nuestro ejército y el de los Estados Unidos no se daban abasto para salvaguardar a su gente de la ira apache —el joven guardó silencio por un largo rato.

—Yo escuché por ahí —dijo el viejo—, perdóneme do'torcito, pero se me vino esto a la cabeza —rió cascado, mientras el muchacho le indicaba con la mano que continuara—. Escuché que Jerónimo no atacaba los ranchos de la familia Elías en Arizona y Sonora, qu'es que porque no era apache... Decían qu'en realidad se llamaba *Bweru Jiapsi*^[2], que según esto, quiere decir Alma Grande... ¡Quién sabe! —dijo levantando los hombros y viendo a lo lejos.

De hecho vivía en el rancho de don Domingo Elías, allá en Cocóspera. Decían qu'él había sido raptado por los apaches siendo muy niño y que cuando tuvo edad pa' casarse lo hizo con una mujer mexicana, adoptando el apellido Elías. 'Hora que... —dijo adoptando una actitud confidencial—, decían quera nieto de don Elías... ¡Quién sabe! Se parece un poco a la historia de Altzathe, ¿no? —dijo el viejo rascándose la cabeza—, digo yo, un poco... Dicen que se refugiaba en una cueva en las propiedades d'este señor. Supongo que por eso Jerónimo insistió en entregarse a las autoridades mexicanas cuando finalmente se rindió, ¿no?

—Es probable... Es curiosa la historia de estos dos caudillos —respondió el joven, pensativo— porque, a pesar de las extrañas circunstancias que rodearon el nacimiento de mi abuelo y de que sus primeros años los vivió entre los blancos, se identificó tanto con su pueblo que peleó a muerte en su defensa, al igual que Jerónimo, que como usted bien dijo, no era apache y que también empezó su vida con ellos más tarde. De igual forma, ambos gozaban de la protección de

hacendados de noble corazón, lo cual hizo sospechar a la gente en la posibilidad de un parentesco de sangre con sus protectores... Ambos fueron víctimas del ejército de estos dos países, quizá de la política de ambos gobiernos o quizá de la avaricia de sus integrantes, ¡quién sabe!

—Lo cierto es que tales cosas desataron al mismito diablo —le dijo el anciano—, no sé si usted sepa, do'torcito, que los gringos se vinieron persiguiendo a Jerónimo hasta por acá, por Ures... Supongo que se desvió pa' destantearlos, pa' que no entraran a las tierras de su protector, pero en su trayecto mató a un padre que había venido pa' bendecir el templo de Baviácora. Lo mató a él y a sus acompañantes... —dijo con reproche—. ¡Eso es lo malo, pues, pagaban justos por pecadores!

—Sí... de los dos lados... —sentenció el joven en aparente defensa de su antepasado—. Cuando pienso en mi abuelo y Jerónimo —dijo reflexionando, con la mirada perdida—, no sé, creo que había muchas cosas que los unían e identificaban, por eso al final lucharon juntos —guardó silencio por un buen rato—. ¿Alguna vez escuchó hablar de mi abuela, don José? —preguntó después, retomando el tema.

—No, realmente no y se me hace raro —respondió él con tristeza.

—Bueno, pues le contaré lo que sé —le ofreció el muchacho, palméandole el brazo.

—'Ta bien, nomás sírvame más d'ese café tan rebueno —le pidió muy animado. El joven no se hizo esperar y puso manos a la obra. Cuando ambos dieron algunos sorbitos a sus respectivas tazas, continuó.

—Por las mujeres de la tribu, Leonor supo que desde niña Lozen se había interesado en Altzathe, aunque él sólo tenía ojos para la niña blanca. Decían que ella se desvivía tratando de agradarle, pero él siempre la ignoraba.

Las mujeres le contaron con manifiesto orgullo que de pequeña competía con los niños de la tribu y que en muchas ocasiones la habían rechazado de muy mala manera, pero que poco a poco les fue demostrando que era tan diestra como ellos. Al parecer su hermano Vitorio, la consideraba su brazo derecho y siempre que iba a salir a campaña, consultaba primero con ella por su habilidad como estratega y su don de la visión.

Se decía que Lozen Anitsutsa tenía este don —aclaró—, que ellos llamaban "visión distante" y aseguraban que tenía la capacidad de detectar al enemigo en el horizonte, antes de que lo pudieran detectar los demás. No conforme con esto, que ya era mucho, también poseía un don natural para curar, lo que le allegaba un gran respeto y admiración de su gente, pues sin que nadie la instruyera, lograba curar a los enfermos. A lo mejor de ahí me viene esa habilidad y el interés en la medicina, ¿no? —sonrió con visible satisfacción.

—Es lo más seguro —aprobó el anciano muy interesado.

Decían que su habilidad para pelear, su fuerte carácter y determinación le atraían muchos pretendientes, a los que rechazaba, pues ella sólo tenía ojos para Altzathe. Cuando él se levantó en armas, fue la primera en ponerse a su lado para seguirlo, incluso antes de que lo hicieran sus amigos más fieles.

Los padres de Vitorio y él mismo, al igual que toda su gente, no iban contra la comente y dejaban que el río tomara su cauce, así que, no quisieron detenerla cuando decidió irse con Altzathe, porque de alguna forma sabían que su destino era, al parecer, estar con él hasta el fin, cualquiera que éste fuera.

El destino obra de manera curiosa, don José —reflexionó el médico—, porque Alzathe quería a mi tata Mariano, y con aquella criatura le devolvió un poco de lo que aquellos soldados le habían arrebatado, aparentemente por su causa. Él y Leonor se hicieron cargo de mi padre y después de mí —dijo con dulzura, ahogando un suspiro.

Mi tata se trasladó para acá con Leonor y el pequeño bulto. Lo adoptó sin que nadie supiera nada acerca de su procedencia.

Una india yaqui que lavaba en el río la ropa de la casa, me contó en una ocasión que cuando Leonor estaba a solas con mi padre siempre le decía *Achycha*, pero que cuando hacía alguna travesura, le decía *Uyuyemi*, y sólo ahora que usted me contó acerca del nacimiento de mi abuelo es que lo entiendo.

Cuando las cosas se pusieron feas en nuestro país, mi tata mandó a Leonor con aquel pequeño a los Estados Unidos, a la casa de los Williams —el anciano se emocionó al darse cuenta de que en alguna forma la vida de aquel apache y la suya siempre habían estado relacionadas.

Allá creció y estudió —continuó el joven—, siempre vigilado por ella y el doctor. Cuando vino a Sonora, se enamoró de mi madre.

Esperanza Acuña y se casó con ella, llevándosela con él a Texas. Yo nací allá un año después, pero desgraciadamente ella murió cuando yo tenía dos años, creo que de la fiebre amarilla que estaba azotando la región —guardó silencio por un momento, tratando de disimular su sentimiento.

Entonces mi padre decidió traernos a Leonor y a mí con mi tata Mariano —continuó—. Él ya estaba muy viejo y necesitaba mucha atención. Lo irónico del caso, don José, fue que mi buen padre murió primero... —sonrió con tristeza ante las jugadas del destino y suspiró.

—¿De qué murió?

—Del corazón... Un infarto —le dijo y el anciano asintió entendiéndolo su dolor.

—¿Y don Mariano, oiga?

—Murió muy en paz, don José. Leonor me contó que sólo se recostó una tarde a dormir la siesta y ya no despertó... Fue un hombre de temple el viejo —sonrió con cariño—, todavía guardaba energía para darme consejos y poner sus cosas en orden, gracias a eso aseguró mi futuro y protegió a su siempre fiel e incansable Leonor, como señaló en su testamento.

Entonces —suspiró—, volvimos a Texas, para que yo pudiera estudiar allá y aquí me tiene usted —terminó sonriendo. Guardaron un largo silencio y después, sin mediar palabra, se dieron un fuerte abrazo.

* * *

Cuando José Villa regresó a Bacoachi, volvió a su rutina y a su vida. Alguien le preguntó si conocía lo que había pasado con los asesinos de su padre.

—Se supo que ellos se habían unido a una banda de ladrones que asolaba la frontera —respondió serio—. El gobierno gringo ofreció recompensa por su captura, así que al contingente militar se unieron rastreadores expertos de todos lados, deseosos de hacerse d'ese dinerito.

Nos enteramos de que Lorenzo, el mayor d'ellos, fue detenido y torturado por un apache renegado que hizo que aquel bravucón pidiera a gritos a sus hermanos que lo mataran. Lo cual hicieron, según cuentan, con apenas un poco de resquemor.

Mucho tiempo después se supo que los otros fueron capturados por los militares y colgados sin mucha ceremonia, junto con todos los de su banda —y después de guardar silencio, sentenció—, ¡qué se podía esperar!

El levantamiento

—Tras la muerte de la niña Albita —empezó a decir José Villa—, Altzathe se unió al grupo del jefe Vitorio, quien al igual qu'él, era mestizo y chiricahua y estaba en constante defensa de su territorio y su gente.

Se decía qu'este cacique fue raptado de la hacienda de Enanillas, en Chihuahua, por una partida apache por allá por el '50, más o menos, cuando tenía apenas seis añitos —señaló haciendo un gesto con ambas manos, que indicaba lejanía—. Decían que luego luego adoptó las costumbres apaches y aprendió su lengua, dominó el caballo a la perfección y se adaptó a la áspera vida del grupo.

La vida de los apaches era muy dura, como ustedes saben, siempre despojados, siempre perseguidos, en pie de guerra, atacando o huyendo, vengándose, arrancando cabelleras en correspondencia de lo que hacían los buscadores de recompensas. Sobreviviendo en duras y prolongadas jornadas a través del desierto, que era su aliado y de las montañas, sus protectoras, donde tenían su hogar y refugio, alimentándose de pura carne seca y pinole.

Vitorio, para vengar el asesinato de la mujer que sería su esposa, se convirtió en el más sanguinario de los jefes apaches y destacó entre ellos por su postura violenta y extremosa. Se decía que alcanzó tal prestigio entre su gente, que se ganó el rango de jefe sobre el supuesto heredero del poder apache. Bajo su mando se agruparon grandes jefes como Chato, Jerónimo, Naná, Ju, conocido también como Loco, y por supuesto, Altzathe.

Entre el '70 y finales del '80 Vitorio se convirtió en el terror de ambos lados de la frontera, por lo que los ejércitos de nuestro país y el de los gringos buscaban capturar o matar al sanguinario jefe apache y a sus incansables guerreros.

Los rancheros y soldados les tenían un miedo pavoroso. Se decía que torturaban a sus víctimas de la manera más cruel. La cosa se ponía pior cuando se trataba de soldados —les advirtió el anciano—. ¡Uuuyyyy! —aulló, sacudiendo su mano derecha para indicar la gravedad del hecho—, los enterraban hasta el cuello en medio de los parajes más inhóspitos del desierto, amarrándolos de pies y manos a estacas, sujetándolos con tiras de cuero mojado, que al secarse se incrustaban en las carnes, haciendo que las víctimas aullaran por el terrible dolor, pa' dejarlos después bajo las inclemencias del clima y a merced de bichos y depredadores de todo tipo, sin contar con las múltiples heridas hechas a fuego y hierro.

A pesar de todo esto, los apaches buscaron incansablemente una paz digna. Después de varios intentos, Vitorio y Loco consiguieron qu'el gobierno de los Estados Unidos les otorgara un territorio pa' su gente en Warm Springs, Nuevo México. Altzathe se separó d' ellos entonces y al parecer se vino pa'cá con los que quisieron seguirlo.

La paz no duró mucho, como tantas veces sucedió, pues los gringos no respetaron lo pactado y al poco tiempo fueron trasladados a otro territorio o reservación en San Carlos, Arizona, donde empezaron a morirse por montones, debido a la viruela, que también estaba azotando a nuestra gente en esos tiempos. Morían tantísimos niños que Vitorio y los demás jefes decidieron regresar a Warm Springs, pero fueron expulsados de nuevo.

Se volvieron a levantar en armas y Vitorio, con parte de su gente, decide huir y morir peleando antes que aceptar la extinción de su pueblo. Bajo su mando, sus seguidores atacaron al ejército norteamericano en los alrededores de Warm Springs para hacerse de armas y caballos.

Tras un año de enfrentamientos constantes, perseguidos como animales, el grupo de Vitorio, cansado y hambriento, casi sin municiones, acampó camino a las Montañas Azules, acá en la sierra de Chihuahua —señaló al este—. Había mandado a varios guerreros, pa' Santa Rosalía a conseguir armas y municiones. Otro grupo de apaches Mezcaleros que se les había unido, salió de cacería pa' conseguir alimento y abrigo. Cuando estuvieron listos, según cuentan, cuatro días después, emprendieron la marcha rumbo a Tres Castillos, a donde llegaron casi al oscurecer, "cuando las sombras se hacían cada vez más largas", decían ellos.

El grupo, en su mayoría mujeres y niños, apenas iba llegando a la laguna frente a los cerros de Tres Castillos, protegido tan sólo por un puñado de guerreros, entre ellos Vitorio y el viejo Naná, fue atacado por sorpresa por el ejército mexicano, justo cuando sus guías apenas desmontaban y las mujeres se disponían a encender las fogatas.

Los apaches que lograron escapar, contaban que las filas de su gente eran larguísimas y avanzaban lentamente, y que los guerreros de la retaguardia todavía no llegaban a los cerros, cuando los que encabezaban al grupo habían sido emboscados y masacrados. Los que pudieron, huyeron a los cerros del sur. La persecución contra ellos fue implacable. Se supo que el ejército usó dinamita pa' sacarlos d'entre las rocas. Algunos lograron huir, Naná entr'ellos. Los cuerpos de los muertos se contaban por montones y fueron mutilados al arrancarles las preciadas cabelleras, no importaba que fueran hombres, mujeres o niños.

Por aquí se supo que los del ejército fueron recibidos como héroes por el gobernador Terrazas y les fueron pagadas las recompensas. Decían que días después, la pestilencia de las cabelleras colgadas en la plaza de armas, justo frente a la catedral, era insoportable. También decían, no sé, que los que fueron capturados vivos, los llevaron pa' Chihuahua pa' venderlos como esclavos, así eran de violentos esos tiempos, pues —dijo el anciano denegando con tristeza.

Después Naná reunió a los pocos sobrevivientes y envió algunos guerreros al lugar de la emboscada pa' que se informaran. Le dijeron que Vitorio había sido encontrado con su propio cuchillo enterrado en el corazón y con sus cartucheras sin ninguna bala. Ahí estaban los muertos mutilados, sin cuero cabelludo y algunos parecían quemados.

Se supo por los mismos soldados, quienes muy ufanos contaban su hazaña, que algunos apaches capturados habían encontrado la muerte ahí mismo por negarse a señalar el cuerpo de Vitorio, pues aseguraban que no lo conocían. No sé por qué los del gobierno nos quisieron hacer creer qu'este gran jefe había sido derrotado por un tarahumara —dijo con el rostro ceñudo—, pero la muerte d'estos prisioneros los desmiente.

Como era d'esperarse, la venganza de Naná fue aún más terrible que toda la campaña de Vitorio. Los pocos apaches que se quedaron en la reservación con el jefe Loco, se rebelaron y se unieron a las fuerzas de Jerónimo en las Montañas Azules de Chihuahua y Alzathe ya estaba entr'ellos.

Los soldados decían con espanto que los apaches bajo su mando habían entrado en un frenesí de terror y destrucción Naná también llegó hasta acá y se unió a Jerónimo y continuaron en pie de guerra durante seis años más.

Crook

—Aquí en nuestro país, desde el '77 o '78, creo, el general Díaz dio órdenes expresas al ejército federal de que vinieran p'acá a perseguir "al indio alzado y a su grupo" —señaló José Villa a los presentes.

Vinieron alrededor de mil soldados al mando del coronel Ortiz, quien junto con el coronel José Garza, de aquí de Santa Rosa, Chihuahua —señaló hada el este—, decidieron las estrategias a seguir pa' la captura y traslado de los guerreros rebeldes que agarraran.

Ellos ya sabían qu'el grupo de Alzathe estaba instalado en las cercanías, porque un indio mestizo que les servía de guía, así se los había informado. Sólo d'esta manera y nada más que así podían dar con ellos los soldados, ¡con la ayuda de un natural de aquí, pues! —sentenció el viejo—. Un conocedor del terreno, su gente y sus costumbres, d'iotra manera, ¡n'hombre, imposible!

Como ya les dije, los apaches se movían de lugar dependiendo de las estaciones del año, del asentamiento y disponibilidad de los animales de caza, de la temporada de plantas comestibles y de la presencia de árboles leñosos pa' la construcción de sus chozas y también pa' atizar el fuego.

Ellos se movían preferentemente por la Sierra de los Chisos y Daves en Texas, la del Carmen y Santa Rosa aquí cerca —señaló de nuevo hada el este— y la de Santa Cruz y Cananea, aquí nomás —señaló hacia el oeste—, los soldados ya tenían bien localizados los comederos d'estos rebeldes.

Dicen que aquello fue una cacería sin cuartel. Hubo muchos muertos en ambos bandos, aunque los soldados decían que parecía como si los indios revivieran al siguiente día, pues en un abrir y cerrar di'ojos, se multiplicaban. Esta teoría hada que los más supersticiosos quisieran desertar. La moral de los perseguidores iba cada vez más en picada.

Lo que ocurría —rió guasonamente el viejo— es que así como tenían bajas los indios, así se les unían cada día otros grupos guerreros, lo cual hacía que los soldados, que no los distinguían ni conocían, empezaran a temer que la cacería se volviera en su contra y que de cazadores se convertirían en cazados. No era para menos que pensaran así —añadió—, pues durante la noche circulaban entr'ellos las historias alrededor de las fogatas, muchas d' ellas inventadas, muchas otras basadas en los hechos, pero agrandadas por los relatores con tal de mantener el interés de los oyentes, ¡o pa' justificarse, no sé! El caso es que con esto, estaban haciéndole sin querer un gran favor a los apaches, pues entre más se les dificultaba la cacería a sus perseguidores y más bajas tenían, menor era el interés que ponían en acercarse a ningún indio y más tiempo les daban de internarse al abrigo de sus protectoras, las montañas.

Cuando los gringos establecieron fuertes militares a lo largo de nuestra frontera, no pudieron hacer nada contra el azote apache, como ellos mismos les llamaban. Pasó mucho tiempo antes de qu' el ejército gringo consiguiera la valiosa ayuda de otras tribus, enemigas de los apaches por supuesto, como los comanches, pues. Hasta entonces fue qu'el gobierno norteamericano mandó un numeroso ejército, muy bien armadora' poder someterlos.

Sólo hubo un militar que pudo vencer a los apaches y creo que fue porque no sólo era muy inteligente, sino qu'era un buen cristiano y estaba destinado a ser él y nada más qu'él, quien los quietara, sí señor.

Hablo del coronel George H. Crook, quien combatió junto al conocido general Sherman durante la famosa Guerra de Secesión de nuestros vecinos del norte y había participado en diversas luchas contra los indios en el noroeste d'ese país. Peleó junto al ilustre y presumido general Custer contra Caballo Loco, el gran jefe Sioux.

Al parecer era un ejemplar extraño en ese ejército, y lo digo por lo que cuentan acerca de su manera de pensar —señaló—. Él estaba lejos de creer que "el único indio bueno era el indio muerto", como afirmaban la mayoría de los miembros de su ejército.

Contaban que antes d'entrar en combate solía perderse y se iba solo de cacería. Lo describían como un hombre enorme, de larga y rizada cabellera rubia, de bigote casi blanco y barba pelirroja. Decían que tenía una mirada melancólica y abstraída que siempre daba la impresión d'estar en otra parte.

Al final d'esta guerra contra los apaches, afirmó Cook con tristeza, que la causa de esta gente estaba perdida de antemano y qu'era raro que se les viera sin prejuicio y con justicia. Sabía que cuando se presentaba algún problema, la atención en general se volcaba sobre sus crímenes y atrocidades, las que todo el mundo se apresuraba a condenar, pero que se minimizaban las razones por las que habían incurrido en aquella violencia y las injusticias de que habían sido objeto.

Reconocía que sólo los militares habían sido testigos de dicha situación, y por lo mismo, veía con asombro, la infamia de su Gobierno, que sólo castigaba a los pieles rojas y permitía qu'el hombre blanco continuara con sus desmanes.

Si estas palabras no les dejan claro la clase de hombre qu'era el coronel Crook, no sé qué otra cosa lo puede hacer —dijo recorriendo con la mirada a la audiencia—. Sin embargo, como gente de ley qu'era, cumplía con sus obligaciones con el ejército de su país y realizaba sus tareas, le gustaran o no. No por nada llegó a obtener el rango de general, ¡sí señor!

Crook, quien para los apaches era un lobo curtido, pensaba que la única manera de combatir a un enemigo era conocerlo a fondo. Sentía qu'el ejército debía empezar por reconocer que los apaches gozaban de una envidiable condición física, superior a la de cualquier soldado. No hada falta más que ver cómo combatían sus propias mujeres, qu'eran expertas en el lazo, el arco y la flecha y que además podían ser excelentes tiradoras a caballo.

Este coronel estaba convencido de que únicamente un apache podía ser atrapado por otro apache, pero como esto era poco menos que imposible, basándose en esta creencia utilizó rastreadores de origen comanche, eternos enemigos de ellos y por lo mismo, grandes conocedores de sus costumbres. Estos indios formaban parte de las reservas del ejército gringo, que obtenían sus buenas recompensas por sus servicios. Siempre avanzaban a la vanguardia de las patrullas de reconocimiento, rastreando el territorio. Cuando las patrullas militares daban con rancherías y campamentos apaches pequeños, éstos se veían obligados a dejar atrás sus víveres y pertrechos de invierno.

Decían que los comanches siempre eran los primeros que disparaban, garantizando una victoria de Crook tras otra, pero lo cierto es que se libraron pocas batallas importantes, sin embargo, el objetivo se cumplía sistemáticamente.

Se cuenta por ahí que Crook y su batallón cercaron, sin ser avistados, a un numeroso grupo de apaches dentro de una caverna. Los tuvieron en observación y pudieron ver qu'en el interior las

mujeres cocinaban y que los guerreros conversaban alrededor del fuego. El ejército atacó sin aviso, tomándolos por sorpresa. Cuando se apagó el eco de los últimos tiros, en la caverna quedaron los cuerpos sin vida de más de cien apaches. Al parecer sólo veinte mujeres y treinta y tres niños sobrevivieron. Dicen que cuando entraron al lugar, los comanches rastreadores, empezaron salvajemente a machacar las cabezas de los muertos y también las de los heridos.

Este terrible acto de barbarie conmocionó visiblemente al coronel, según contaron sus subalternos. Después se supo que él y sus soldados tuvieron que disculparse ante sus superiores por no impedir aquella carnicería.

Así que, con aquella constante persecución y con su gente enferma y hambrienta, los jefes apaches por fin aceptaron conciliar, después de haber resistido por casi doscientos años el avance de la colonización, al final se encontraban diezmados.

A muchos de ellos, que fueron atrapados en nuestro territorio, los llevaron en yuntas hasta la ciudad de México, donde los encerraron en cárceles o los enviaron a algún puerto, desde donde luego, según se supo, los enviaron pa' Cuba o ¡quién sabe pa' dónde! Yo creo que con los gringos les fue mejor —reflexionó el anciano—, no sé qué piensen ustedes, porque a pesar de sus interminables guerras y persecuciones, al final les dieron un pedazo pa' ellos, feo y lo que ustedes quieran, ¡pero no los mandaron pa' lugares desconocidos, mejor era que los mataran, ¿qué no?! —preguntó recorriendo a la audiencia—. Cuando Jerónimo decidió rendirse, Alzathe se despidió de él y de su pueblo y se vino con su gente pa' cá, siempre con el ejército pisándoles los talones.

Final

—Tras aquella larguísima resistencia, la muerte del aguerrido e invicto jefe Vitorio, por allá en el '80 creo, en la famosísima emboscada de Tres Castillos en Chihuahua, con la rendición de Jerónimo al ejército mexicano, que después lo entregó al de los gringos —señaló denegando, molesto, guardando un corto silencio— y con la desaparición de Alzathe y su gente, aquella terrible guerra terminó.

La última vez que supieron los soldados de Alzathe y su grupo, según contaron, fue cuando el rastreador que los guiaba les dijo que se habían metido al río Santa Cruz, seguramente pa' despistar a sus perseguidores —señaló.

Después de buscar y batallar mucho, este rastreador les mostró qu'el apache había subido por una ladera de la sierra Santa Cruz, donde fue poco menos que imposible que le pudieran dar alcance, aunque lo intentaron. El ejército también estaba diezmado y cansado, así que dieron por terminada la búsqueda y volvieron.

De los mil soldados que habían llegado a nuestro pueblo, sólo regresaron ciento cincuenta, según se supo. Déstos, los que se atrevían a contar sus experiencias, decían qu'ese Alzathe estaba endemoniado y que había desaparecido en la sierra de Santa Cruz en sus mismitas narices.

Los soldados pensaron por un tiempo que aquel guía indio los había traicionado, pero después de recapacitar y platicarlo entr'ellos, concluyeron que no era posible, porque si alguno debía estar intranquilo porque el apache alzado estuviera vivo, sería él mismo...

Tiempo atrás habían corrido muchos rumores de que lo habrán detenido y después trasladado, junto con su gente a la capital, y que estando allá, una vieja amistad de su protector lo habrá ayudado a escapar, sobornando a los guardias.

A ciencia cierta no se tenía nada claro, pues también se decía que lo habían mandado junto con otros indios a Cuba. Este rumor se suscitó porque durante mucho tiempo no se supo nada d'él, pero de repente apareció con su gente por allá por las Montañas Azules de Chihuahua, junto a Jerónimo y de ahí p'al real, batalla tras batalla, se mantuvieron atacando y robando sorpresivamente rancherías y pueblos.

Pero la mayoría sostenía que todos ellos habían caído en batalla, desmintiendo a sus perseguidores, ¡quién sabe qué pasaría! —dijo el anciano levantando los hombros.

Lo cierto es que desde que los de nuestro ejército le perdieron el rastro en la sierra de Santa Cruz, nunca más se supo d'él. Lo más seguro —reflexionó— es que con el tiempo y los violentos acontecimientos que sobrevinieron en nuestro país, todos ellos se mezclaron con la demás gente, integrándose pa' sobrevivir —concluyó.

Mapa del Estado de Sonora, México⁸



⁸ Recorriendo el Río Sonora nos encontramos con el pueblo de Bacoachi (Bacoatzi), antiguo territorio de la tribu Ópata, quienes le dieron este nombre y que en su lengua significa “*víbora de agua*”.

Notas

[1] Alusión a becerros huérfanos. [↪](#)

[2] Niño. [↵](#)

[3] Labor de juntar, seleccionar, marcar, desinfectar, etcétera, el ganado que se pondrá en venta.

≤

[4] *Bichi* ‘desnudo’, préstamo de la lengua cahita. <<

[5] Fruto del encino. [↩](#)

[6] Bebida fermentada hecha de maíz. <<

[7] En lengua cahita puede significar también ‘corazón’ y ‘vida’. <<